

COLECCIÓN

REGENTIA

37

6

8390

Biblioteca Nacional de España

6

8390



6-i
8390

Alma de niña



F. Dostoïewsky.

— Biblioteca Nacional de España

Septiembre
1900

62



~~332~~

ALMA DE NIÑA



COLECCIÓN REGENTE

37

ALMA DE NIÑA

POR

H. DOSTOÏEWSKY

TRADUCCION

de

RAMÓN ORTOS RAMOS



BARCELONA

RAMON SOPHIA, EDITOR. — Administración de VIDA GALANTE

Calle de Gravina, 10

1900

ALMA DE NIÑA

I

Me desperté en una cama muy blanca y muy blanda y observé á mi alrededor gruesos tapices y lujosos muebles. La semiclaridad que se filtraba á través de las cortinas de la inmensa ventana, impregnaba todas las cosas de un aire fantástico y misterioso.

¿Era acaso un sueño mi visión? No; era una realidad tal como la muerte me la había enseñado y tal como esta mansión aristocrática mostraba á mi desesperación.

Estaba sola en el mundo, huérfana y en casa de extraños.

Por la primera vez en mi vida añoré mi pobre guarida; el mobiliario incrustado de concha de la casa del príncipe no podía hacerme olvidar el viejo divan y la cómoda coja, familiares á mi primera infancia.

Bien pronto estuve restablecida y pude trabar conocimientos más exactos con el palacio y con sus habitantes, porque mis primeros recuerdos, cuando fuí recogida de la

calle, se habían disipado como una espantosa pesadilla y no veía claramente sino la fisonomía dulce y grave del príncipe.

Observé desde los primeros días aquellas nuevas fisonomías y traté de familiarizarme con ellas.

Todo en aquella casa me parecía extraordinario; aun veo sus suntuosas y vastas habitaciones, sus salas, sus corredores tan extensos que á veces temía perderme en ellos.

No estaba todavía curada del todo y mi estado de ánimo era como aquellos inmensos salones, solemnemente triste. Una angustia indefinible oprimió mi corazón infantil. Deteníame á veces, asombrada delante de un cuadro, de un espejo, de una chimenea ó de una estatua, que parecía vigilarme desde lo profundo de su nicho, siguiéndome y atemorizándome con su mirada.

Durante mi enfermedad ví muy pocas personas. Unicamente, un señor anciano, de ojos azules y dulces, solía acompañarme algunos ratos.

Hubiera querido hablarle, pero me detenía un temor invencible. Estaba siempre muy triste y me dirigía algunos monosílabos de vez en cuando. Era el príncipe, mi bienhechor, el mismo que me recogió del arroyo.

Me regalaba bombones, libros de grabados y otras frioleras, procurando así devolverme la alegría.

Un día me anunció que iba á conocer á una niña de mi edad, su hija Katia, que á la sazón se hallaba en Moscou.

Fué aquello para mí una gran alegría, pues excepción hecha del príncipe, nadie me había demostrado cariño en aquella casa. El príncipe, por otra parte, hacía una vida muy retirada, y la misma princesa se pasaba semanas enteras sin verle.

Se hubiera dicho que no vivía en su casa.

Una mañana se me vistió y peinó con más cuidado que de ordinario, y me pusieron un vestido blanco galoneado, cosa que me sorprendió mucho. Terminados estos preparativos, fuí conducida á las habitaciones de la princesa. Su sola presencia me hizo perder la serenidad; estaba á la vez deslumbradora por el lujo del mobiliario y por sus maneras de gran señora.

Yo pensé, mientras me vestían, que iba á sufrir una sesión penosa, pero no creí que quedaría tan impresionada.

La desgracia me había vuelto recelosa y tímida con exceso. Temblaba al besar la mano de mi protectora y me encontré incapaz para responder una palabra á sus preguntas.

La princesa era una mujer muy hermosa, pero me parecía tan por encima de mí que ni aun me atrevía á mirarla.

Me hizo sentar á su lado y quiso entablar relaciones con la pequeña salvaje á quien

había prohijado. Pero yo me conservé reservada y silenciosa, lo cual quizá la desanimó, pues me dió un libro de estampas y se puso á escribir unas cartas.

Hojeé el libro, sin sentirme con más confianza. Me veía examinada por una persona extraña y hubiese querido estar muy lejos.

Cuando me dirigía la palabra no podía responderle sino con monosílabos, y mi timidez tenía mucha semejanza con la estupidéz.

Sin duda esperaba descubrir en mí una criatura extraordinaria, y resultaba una niña boba y necia.

Conocí que no había gustado y esto aumentaba mi torpeza.

Hubiera dado todo lo del mundo por haber sido en aquel momento amable, mas el el disgusto me apretaba el corazón, y después de todo yo no era más que una pobre niña de diez años.

A las tres empezaron las visitas. Creí que mi suplicio había terminado y que podría dejar aquel desventurado libro de estampas para esconderme en mi rincón; pero me equivocaba.

Llegaron, uno tras otro, gran número de personajes, á los cuales la princesa me presentó como un pequeño fenómeno. Tenía para mí en aquel momento extremadas atenciones, lo cual me embarazaba más y más. Recuerdo á un caballero anciano, pe-

Queñito y muy perfumado, que me escudriñaba con su monóculo como si fuese yo una perrita danesa. Otro caballero quiso besarme.

Cuando hubo mucha gente en el salón, la princesa creyó oportuno contar mi historia.

Sentí una confusión que me trastornaba; no sé si estaba roja ó pálida, pero mi corazón se pujaba de una dura opresión.

Fué muy triste para mí escuchar á personas indiferentes, que aquel padre á quien amé tanto era una especie de músico medio loco, un hombre extraordinario y no comprendido hasta última hora; que la llegada de Schurmann á San Petersburgo había acabado por sorberle el seso y había sido la causa de su trágica muerte. Que mi madre, en fin, era una pobre mujer á quien había matado la miseria y que tuvo fe en el genio de su marido hasta el último instante.

Todo esto lo recordaba yo con sombría desesperación, y ocultaba mis lágrimas mientras aquellos caballeros, ricamente vestidos, hacían círculo alrededor de mi protectora, lanzando gruñidos de aquiescencia y echando alguna que otra vez sobre mí una mirada de compasivo desprecio. ¡Qué cruel fué aquella exhibición! Creían, sin duda, que nada sabía yo, que de nada recordaba, que á los diez años no puede doler el corazón y sentirse humillado!

Estaba orgullosa no sé por qué. Orgullosa de ser la hija de mi padre, de aquel pobre

loco que me había dejado un día sobre la nieve del camino para ir á buscar la muerte.

Trasladéme con la fantasía al pasado, á nuestra vida en una buhardilla, á las silenciosas veladas, y los sollozos me subían á la garganta. Hubiera querido ocultarme en cualquier rincón para llorar á mis anchas. No conocía aún la vida y ya deseaba la muerte.

Por fin desfilaron las visitas.

La princesa no quedó del todo satisfecha con el comportamiento de su protegida, y así lo conocí al ordenarme que me retirase con su aire un tanto displicente.

II

Tuve mucha alegría cuando se me volvió á conducir á las habitaciones del piso alto, donde estaba mi cuarto.

Me dormí calenturienta; todo lo que había visto aquel día me atormentaba y tuve pesadillas.

Conocí perfectamente que había desagradado á la princesa, y me lo probó el no haberme enviado á llamar más á su presencia.

En el fondo estaba muy contenta de mi soledad. Me gustaba correr por las habitaciones y ocultarme en los rincones y detrás de los muebles para observar á las personas de la casa sin temor de enojarlas.

Esta nueva existencia tenía para mí muchos atractivos y llegué á olvidar la terrible catástrofe que la había precedido.

Unicamente acudían á mi memoria los acontecimientos anteriores, y sobre todo el violín de mi padre y la idea de que era un genio superior.

Estaba libre, y, sin embargo, me veía demasiado vigilada por los criados; esto me inquietaba mucho. No comprendía por qué se obraba así conmigo. Parecíame que se tenían secretos designios sobre mí y querían emplearme en alguna cosa.

Procuré conocer los lugares más recónditos de la casa para ocultarme allí en caso de necesidad.

Un día me encontré en una gran escalera de mármol ancha, cubierta de alfombras, ornada de flores y magníficos jarrones. De trecho en trecho, dos silenciosos criados vestidos de color escarlata, con guantes y corbata blancos, esperaban de pie. Miréles asombrada, sin comprender por qué permanecían mudos é inmóviles.

Estas solitarias correrías me agradaban sobremanera. En el piso superior vivía una vieja tía del príncipe, que rara vez salía de sus habitaciones. Era, después de mi protector, el personaje más importante de la casa. En sus relaciones con ella, todo el mundo observaba una etiqueta muy severa.

La princesa, tan orgullosa y altanera, la hacía dos visitas por semana.

Estas visitas eran cortas y solemnes.

La distinguida y aristocrática sociedad de San Petersburgo se había impuesto como

un deber el ofrecer sus respetos á la vieja señora, considerada como una de las depositarias de las últimas tradiciones aristocráticas, como una viviente reliquia de los bayardos de pura sangre.

Invariablemente vestida de negro, la anciana dama llevaba blancos cuellos rizados cuidadosamente, lo que la daba un aspecto monjil muy característico. Iba cotidianamente á la iglesia en carruaje, no abandonaba nunca su rosario, recibía la visita de muchos sacerdotes, leía sus libros piadosos, comía de vigilia la mayor parte de los días, y hacía, finalmente, una vida muy austera.

En el piso que ella habitaba jamás se oía el menor ruido; la animación le era insupportable.

Quince días después de mi llegada á la casa, la tía del príncipe se enteró de mi presencia y pidió informes.

Contáronle mi historia y quejóse de que todavía no me hubieran presentado á ella.

Al siguiente día fuí lavada, peinada y martirizada por las criadas que se cuidaban de mí; luego de haberme enseñado á caminar modestamente y á saludar con gracia, se le pidió una audiencia.

La bayarda señaló la entrevista para el siguiente día, después de la misa.

Dormí mal aquella noche y me contaron después que había soñado con la vieja y que me acercaba á ella rogándola que me perdonase no sé qué cosa.

La presentación tuvo lugar.

La encontré sentada en un gran sillón; una viejecita muy diminuta, muy flaca. Me hizo muchas señas con la cabeza para que me acercase á ella, y luego se caló los anteojos para inspeccionarme mejor.

Conocí que no la llenaba del todo. Sin duda me calificó de salvaje, pues no acerté ni á hacerle una reverencia, ni á besarle la mano con distinción. La tía interrogóme, pero apenas respondí á sus preguntas, y cuando me habló de mis padres rompí á llorar. Descontenta de mi excesiva sensibilidad, me consoló, sin embargo, diciéndome que tuviese confianza en Dios. Preguntóme por mi última visita á la iglesia, y como mis respuestas no fuesen muy concluyentes —pues mi educación religiosa había sido descuidada,—la buena mujer quedó estupefacta. Se llamó á la condesa, hubo una grave conferencia y se acordó que desde el próximo domingo se me llevaría á misa. La bayarda prometió que rogaría por mí hasta entonces, pero, entretanto, ordenó que me sacasen de sus habitaciones, pues sentía, según dijo, una penosa impresión con mi vista. Y, sin embargo, nada había en todo ello que fuese sorprendente.

El mismo día envió á decir que yo hacía demasiado ruido y que se me oía por todas partes... y yo no había abierto la boca en todo el día. Era cosa sabida que la vieja no me quería. A la mañana siguiente se repitió

el recado. Después dió la coincidencia que se me escapara una taza de las manos, haciéndose mil pedazos. Los criados se sumieron en la mayor consternación. Me llevaron entonces, para que jugase, á la sala más apartada.

He aquí por que me sentía dichosa errando por las grandes salas del piso principal, porque sabía que allí, al menos, no incomodaba á nadie.

Un día, sola en una de aquellas inmensas piezas, oculté mi cabeza entre las manos y me abismé en mis recuerdos.

Yo pensaba, pensaba siempre. Mi espíritu, todavía poco desarrollado, no se explicaba el por qué de aquella pena que se me hacía cada vez más insoportable. De repente, una voz dulce me preguntó:

—¿Qué tienes, pobre niña?

Levanté la cabeza; el príncipe estaba delante de mí. Su rostro denotaba la mayor contriseración. Le miré con aire de dolorosa afección y una lágrima cayó de mis ojos.

—¡Pobre huérfana!—dijo acariciándome los cabellos.

—¡No!—exclamé gimiendo.—¡No... huérfana no.

Me levanté, así su mano, que besé mojándola con mis lágrimas, y continué con voz suplicante:

—¡No... no soy huérfana!

—¿Qué tienes, hija mía? ¿Por qué lloras, mi pobre Netotchka?

—¿Dónde está mamá? ¿Dónde está mamá?
—exclamé sollozando sin poderme contener
y cayendo de rodillas.—¡Por Dios!... ¿dónde
está mi madre?

—¡Perdona, hija mía! ¡Yo te la he recor-
dado! ¿Qué he hecho? Ven conmigo.

Me cogió de la mano y salimos.

El príncipe estaba muy conmovido. En-
tramos en un salón inmenso, tal como ja-
más había yo visto. Era una capilla. Reina-
ba allí una sombría claridad. La luz de las
lámparas reflejaba sobre los adornos dora-
dos y sobre la pedrería de las imágenes san-
tas. Estas se destacaban en negro sobre un
fondo de oro. Aquella sala en nada se pare-
cía á las demás del palacio; todo era allí
misterioso y solemne.

El príncipe me hizo arrodillar junto á él
ante la Virgen.

—¡Reza, hija mía... rezaremos juntos!—
me dijo en voz baja.

Pero yo no pude rezar; tenía miedo.

El príncipe acababa de repetirme las mis-
mas palabras que me dijera mi padre anta
el cuerpo inanimado de mi madre; caí pre-
sa de un ataque de nervios y fué preciso lle-
varme á la cama.

III

Seguía sufriendo en cama cuando un día
vino á herir mis oídos un nombre conoci-
do: el de Schurmann. Alguien de la casa lo

había pronunciado cerca de mí. Me estremecí al oír aquel nombre y mis pensamientos llegaron hasta el delirio.

Despertéme muy tarde. Todo estaba obscuro á mi alrededor. La lámpara se había extinguido y la sirvienta que me cuidaba se había retirado. De pronto parecióme escuchar las notas melodiosas de una música lejana. A intervalos cesaba repentinamente, y después comenzaba de nuevo y parecía aproximarse. Se apoderó de mí una emoción extraordinaria.

Me arrojé del lecho, me vestí rápidamente (ni aún sé cómo tuve fuerzas) y salí de mi alcoba á tientas.

Palpando en la obscuridad atravesé dos salas desiertas. Llegué al corredor. La música se oía más distintamente. Una escalera profusamente iluminada me condujo á los salones del piso bajo. Oí pasos y me replegué en un rincón; después el ruido fué alejándose y penetré en un segundo corredor. Aquella música provenía de una pieza contigua. Hasta mí llegaba el rumor de las conversaciones como si hablasen reunidas millares de personas. Una de las puertas de esta sala estaba interceptada por un doble portier de terciopelo púrpura. Levanté uno de los paños y me escondí detrás. Mi corazón latía con tanta violencia que apenas podía mantenerme de pie. Transcurrieron algunos instantes. Me repuse mediante un poderoso esfuerzo y levanté un poco la segunda cortina. ¡Dios

mío! Era aquel lúgubre é inmenso salón donde tanto miedo tuve al entrar en él hacia algunos días; entonces estaba iluminado con millares de luces. ¡Parecióme que nadaba en un oceano de luz! Mis ojos, habituados á la obscuridad, no podían soportar tan fuerte resplandor.

Una atmósfera perfumada y un aire tibio herían mi rostro. Un sin fin de personas divagaban por todas partes. Todo el mundo parecióme muy contento: las damas ostentaban espléndidos trajes; en todos los ojos brillaba una satisfacción inmensa. Yo sentíame aturdida. Creía haber visto ya en sueños todo aquello. Acordéme al mismo tiempo de nuestra boardilla, al caer la noche; la elevada ventana por la que se veía la calle, allá debajo, con sus faroles encendidos; después los balcones de la casa con sus persianas verdes, los carruajes deteniéndose ante el vestíbulo, los gritos, las sombras pasando detrás de los cristales, y la música lejana... ¡Ved, pues, donde estaba aquel paraíso! ¡Ved á donde yo quería ir con mi pobre padre!... Esto no era un sueño... ¡Sí! ¡Así era exactamente todo, cual yo lo había visto en mis sueños! Mi imaginación sobreexcitada por la fiebre, se caldeaba como en una hoguera, y en un inexplicable transporte al sentimiento empecé á llorar. Buscaba á mi padre con la vista. —¡Debe estar aquí!... ¡Está aquí!...—pensaba yo.

Mi corazón latió presuroso ante esta esperanza. Sentí que la respiración me faltaba. La música cesó en aquel instante y oí por el inmenso local propagarse un murmullo de admiración.

Miré, con los ojos desmesuradamente abiertos, todos aquellos rostros que desfilaban por delante de mí, pero sin reconocerlos. Entonces se produjo un movimiento extraordinario.

Un viejo muy alto y muy delgado subió á una tribuna soberbiamente decorada.

Su rostro era pálido y sonriente. Saludó desmañadamente en todas direcciones. Llevaba un violín en la mano. El silencio reinó entonces profundo, religioso, y parecía como que cada cual procuraba retener la respiración.

Todas las miradas estaban fijas en él.

Inmediatamente las cuerdas vibraron bajo el arco.

Una terrible angustia se apoderó de mí. Escuché con todas las fuerzas de mi alma. Parecíame que yo había otra vez escuchado aquellas armonías que resonaban en mi corazón. La voz del instrumento se iba prolongando, se multiplicaba, se elevaba y se confundía en gemidos desesperados.

Diríase que imploraba algo de aquella multitud que me alelaba. Apreté los dientes para no gritar y me agarré al portier para no caer á tierra. Pintóse en mi imaginación aquella noche en que mi padre... El

tocaba aquel mismo trozo, no hay duda. No ha muerto, está allí, es su violín, cuyo sonido me parte el alma.

—¡Padre! ¡Padre!...

Fué como si un rayo atravesase mi cerebro. ¡Está aquí! ¡Me llama! ¡Es su violín!...

Ruidosos aplausos estallaron en la sala; al mismo tiempo un agudo sollozo se escapó de mi pecho. No me detuve más... Levanté el portier y me precipité en el salón.

—¡Papá... papá!... ¿Eres tú? ¿Dónde estás? —exclamé frenética.

No sé cómo me encontré al lado del viejo violinista. Todo el mundo se apartó para dejarme paso. Me arrojé sobre él gritando. Creía haber encontrado á mi padre. De pronto me sentí suspendida por unas manos flacas y largas. Dos ojos negros me miraban fijamente; su resplandor me abrasaba. Miré al viejo.

—¡No... no era mi padre; era su asesino!...

IV

¿Qué fatalidad había hecho que me encontrase con Schurmann en aquella misma casa donde me habían amparado después de la espantosa tragedia de los míos?

¿Acaso me perseguía el destino á mí, pobre niña, que no pedía más que vivir, y á quien la desgracia había ya probado tan cruelmente? En mis pocos años había cono-

cido tantas amargas y tan pocas alegrías, que podía pensarlo así.

Mi padre, pobre músico, sin éxito y sin fortuna, no había podido proporcionarme ninguna de esas cosas que hacen la vida agradable, pero al menos me había amado entrañablemente.

Mi primera niñez pasó en una completa desolación. En vano trataría de recordar un solo día de felicidad. De aquella existencia, limitada por las paredes de un zaquizamí de bajo techo, no queda más en mi alma que una tristeza infinita.

Recuerdo nuestra casa; la lamparilla ardiendo en un rincón delante de algunas imágenes; la cama donde dormía con mi madre; el frío de la noche y mis algazaras infantiles. Veo aún la elevada ventana, que debía procurarnos sol, y ante la cual, el cielo sombrío, cortado por las líneas monótonas de los tejados, se extendía hasta lo invisible.

Nuestro mobiliario se componía de un viejo sofá recubierto de tela impermeable, rota á trechos y grasienta: de una mesa de pino sin barnizar, de una cómoda coja, y la cama de mi madre con cortinas estropeadas.

¡Qué contraste con los esplendores del palacio que habitaba ahora! Recuerdo el aspecto de nuestras veladas, caída la noche: echada por el suelo la vajilla de madera, botellas rotas, restos de la cena... y en medio de todo aquello, mi padre borracho y mi madre llorando.

Era una extraña naturaleza la de mi padre; es decir, el que me servía de padre, que al mío no le conocí, pues mi madre casó en segundas nupcias cuando yo apenas contaba tres años.

Había nacido músico, era un violinista de gran talento, pero la miseria y el alcohol le habían conducido poco á poco por una pendiente fatal que le arrastraba á la locura.

La ambición y la conciencia de su mérito artístico le habían traído á San Petersburgo. Allí no supo resistir á sus hábitos de bebedor, descendió hasta un nivel abyecto y no pudo sobrevivir á la ruína de su talento.

Casó con mi madre, pobre martir, con la esperanza de que los mil rublos que le aportó en dote, y que provenían de su primer marido, le serían suficientes para tener la necesaria independendencia, pudiendo continuar su carrera artística. Y durante los ocho años siguientes á su matrimonio, apenas si cogió el violín en sus manos. Faltándole la practica no tuvo más recurso que aceptar una plaza en la orquesta de un teatro. Pero su carácter no podía sufrir nada que fuese secundario.

Entonces se vengaba en mi madre de su caída. Odiaba nuestra pobreza y se dejó dominar de tal modo por el vicio, que perdió la cabeza.

Había jurado que no tocaría el violín hasta la muerte de su mujer y cumplió su

palabra, pues no tomó el instrumento entre sus manos sino el día que murió mi madre, y lo cogió porque aquel Schurmann, el viejo que acababa yo de oír, había llegado á San Petersburgo y mi padre estaba celoso de su gloria.

Y cuando quiso tocar aquella pieza, triunfo del gran maestro, se sintió vencido, perdió la razón... y quedé huérfana.

V

Un día, en el segundo y último período de mi enfermedad, al abrir los ojos, ví la cabeza de una niña inclinada sobre la mía; una niña de mi edad; su primer movimiento fué tenderme la mano. Al posar mis ojos en ella, mi alma tuvo un dulce presentimiento de felicidad. Imaginaros una carita idealmente hermosa, de una hermosura resplandeciente, ante la cual se detiene uno enternecido, confuso, extasiado, á la que se tributa reconocimiento porque existe, porque su mirada ha caído sobre vosotros, ó únicamente porque ha pasado por vuestro lado. Era Katia, la hija del príncipe, recién llegada de Moscou. Me sonreía á cada uno de mis movimientos y mis nervios distendidos estaban deliciosamente impresionados.

La princesita llamó á su padre, el cual, en un rincón, hablaba con el médico en voz baja.

—¡Ah... por fin! ¡Gracias á Dios! ¡Gra-

cias á Dios!—dijo el príncipe con la fisonomía radiante y cogiéndome la mano.

—¡Estoy contento!... ¡Muy contento,—exclamó vivamente con su expansión habitual.—Aquí tienes á Katia, ¡hija mia... hacedos pronto buenas amiguitas! ¡Ya tienes una amiga!... ¡Y cúrate pronto, Netotchka! ¡Qué susto me has hecho pasar, pobre niña! ¡Qué susto me has dado!...

Mi restablecimiento fué rápido. A los pocos días, ya daba algunos paseos por la habitación. Todas las mañanas venía Katia y se aproximaba sonriente á mi cama; yo esperaba aquellas visitas como el descenso de un ángel. ¡Tenía unos deseos de besarla! Pero la traviesa niña tenía tal vivacidad que no podía permanecer quieta un momento en ningún lado. Correr, saltar, hacer ruido por todas partes, eran cosas absolutamente indispensables á la princesita. Así me declaró, desde el primer día, que se aburría conmigo y que me hacía pocas visitas, y que aun estas eran por lástima y porque no podía eludirlas. Pero en cuanto yo estuviese restablecida, la cosa iría mejor entre nosotras. Su primera pregunta, todas las mañanas, era:

—Bueno... ¿estás ya curada?

Pero en cuanto veía mi rostro pálido y enflaquecido, mi tímida sonrisa, fruncía el entrecejo, golpeaba despechada el suelo con su piecico, y:

—¿No te dije ayer que estuvieses mejor?

¡Qué! ¿Quizás no te dan bastante comida?—me decía.

—Sí... me dan poca,—respondíle intimidada, pues me daba vergüenza alternar con ella. Deseaba serla agradable con toda mi alma; medía cada una de las palabras que la dirigía. Su aparición me hacía feliz cada mañana y temía, sin embargo, su presencia. Esto no obstante, la seguía con mi mirada sin perder ninguno de sus movimientos. Cuando se iba, mis ojos se iban tras ella, acompañándola hasta la puerta por donde desaparecía. Figuraba en mis ensueños. Y durante el día, cuando ella estaba ausente, me imaginaba conversaciones, era su amiga, jugaba, hacía travesuras, lloraba con ella cuando nos reñían; en una palabra, pensaba constantemente en ella, como si estuviese enamorada. Deseaba con ardor ponerme buena y restablecerme lo más pronto posible sólo por darla gusto.

Cuando Katia corría hacia mí por la mañana, para repetirme:

—¿No te has curado aún? ¡Estás flacucha todavía!...—Temblaba como bajo el peso de una culpa. Pero, sin embargo, el asombro de Katia fué muy serio cuando comprobó que veinte horas no habían sido suficientes para mi curación. Se enfadó formalmente conmigo.

—¡Pues bien!... ¿Quieres una cosa?—me dijo un día.—Voy á traerte hoy un pastel. ¡Come... así engordarás más pronto!

—¡Tráelo! — contesté dichosa al pensar que la vería otra vez.

Después de enterarse de los progresos de mi curación, la princesita solía sentarse en frente de mí, mirándome fijamente con sus hermosísimos ojos negros. Aun en los principios de nuestras relaciones, me observaba con una especie de ingenua extrañeza. La conversación no se entablaba nunca. Las bruscas salidas de Katia me intimidaban, mientras me consumía con el deseo de hablarla.

—Bueno... ¿por qué no me dices nada?— empezaba Katia tras un largo silencio.

—¿Qué hace tu papá?— pregunté por decirle algo.

—¡Nada! Papá sigue perfectamente. Hoy me he bebido dos tazas de té en vez de una sola. ¿Y tú?

—Una sola.

Nuevo silencio.

—Falstaff ha querido morderme...

—¡Un perro!

—¡Claro, un perro! ¿No lo has visto todavía?

—No... sí... sí; lo he visto...

Y como no sabía ya que responderla, ella me miraba de nuevo con el mayor asombro.

—Dime... ¿te diviertes mucho hablando conmigo?

—¡Mucho... mucho!... Ven á verme con frecuencia.

—Ya me han dicho que te gusta verme;

pero es preciso que te levantes pronto. Vamos, yo te traeré un pastel hoy... Pero... ¿por qué no dices algo?

—Por nada:

—Estarás pensando siempre.

—Sí; siempre estoy pensando.

—A mí me dicen que hablo mucho y que pienso muy poco. ¿Es pecado el hablar mucho?

—No... A mí me gusta oírte.

—¡Hum! Se lo preguntaré á Mlle. Leotard. Ella todo lo sabe... ¿Y en qué piensas tú?

—Pienso en tí,—respondíle después de una pausa.

—¿Te divierte eso?

—Sí.

—¿Me quieres, pues?

—Mucho.

—Pues yo no te quiero aún... ¡Estás tan flacucha! Espárame. Voy á traerte el pastel. Hasta luego.

Y la princesita, besándome al vuelo, desapareció.

Después de la comida vino el pastel prometido. Katia penetró como un rayo, riendo, satisfecha al traerme aquel alimento que se me prohibía.

—¡Come mucho... come una barbaridad! Ese es mi pastel... no me lo he comido para traértelo. Bueno... adiós.

Y apenas tuve tiempo de verla. Otro día cayó en mi cuarto como una bomba.

Sus rizos negros estaban sueltos sobre su

espaldas. Sus mejillas rosadas exhalaban fuego, sus ojos resplandecían. Parecía que había corrido una ó dos horas por el campo.

—¿Sabes jugar al volante? — preguntóme agitada, sofocada.

—No, —le respondí desolada por no poder complacerla.

—¡Ah... lo siento! Bueno; te enseñaré cuando estés buena. No había venido sino para preguntarte esto. Ahora juego con Mlle. Leotard. ¡Hasta luego, que me esperan!...

VI

Por fin, aun cuando muy débil, abandoné la cama. Mi primera idea fué no separarme ya de Katia. Algo me atraía invenciblemente hacia ella. No podía dejar demorarla con gran extrañeza suya. Mi simpatía llegó á ser tan calurosa, aquel sentimiento me avasallaba hasta tal punto, que hubo de notarlo y le pareció muy extraño. Recuerdo que una vez, mientras jugábamos, no pudiendo contenerme, me arrojé á su cuello y la besé. Desprendióse de mis brazos, me cogió las manos, y frunciendo el entrecejo, me preguntó:

—¿Qué haces? ¿Por qué me has besado?

Me quedé inmóvil y confusa como una culpable. Me estremecí ante aquella pregunta hecha á quemarropa y no respondí nada. La princesita se encogió de hombros,

en señal de suprema perplejidad, además que le era habitual en idénticas ocasiones. Apretó con aire sus pequeños labios, cesó de jugar y sentóse en la esquina de un diván, reflexionando y como tratando de resolver un problema nuevo que rebotaba en su imaginación. Era también otra costumbre suya cuando algo la embarazaba. A mi turno debí durante mucho tiempo habituarme á estas bruscas manifestaciones de su carácter

Primeramente me acusaba á mí misma, temiendo hubiese en mi conducta algo de anómalo, y luego experimenté gran pena. ¿Por qué no podía conseguir la amistad de Katia, y por qué siempre había de desagradarla? Este fracaso me apesadumbró extremadamente y las lágrimas acudían á mis ojos á cada palabra suya y á cada mirada de desconfianza que echaba sobre mí. Mi disgusto aumentaba cada día, porque con Katia las cosas marchaban muy deprisa. Algunos días después pude comprobar que no sólo no me quería, sino que aún experimentaba una especie de repulsión frente á mí. Todo en aquella niña era súbito; otro hubiera dicho brutal, si los movimientos de su carácter recto, espontáneo é ingenuamente sincero, no fuesen provistos de una suerte de noble gracia. Conmigo, empezó por la duda y acabó por el desprecio, porque, según creo, no sabía jugar á nada.

La princesita gustaba del juego y la carre-

ra; á mí me ocurría todo lo contrario. Débil aún, á consecuencia de mi doble enfermedad, calmosa y pensativa, los juegos agitados no me atraían. En una palabra, me faltaba todo lo necesario para serle simpática. Por otra parte no podía soportar la idea de aparecer desagradable á nadie; me torné mas triste, perdí el ánimo; ni aun fuerzas me quedaron para reparar mi falta y modificar en mi provecho la mala impresión que había sentido. Sentíme irremisiblemente perdida. Katia no debió haber comprendido esto. Después de una hora de esfuerzos para enseñarme á jugar con el volante, no consiguió nada. Y como yo cada vez estaba más triste, hasta el punto de que las lágrimas me subían á los ojos, Katia me observó pensativamente dos ó tres veces, sin llegar á sacar ninguna conclusión acerca del asunto, y tomando su partido se puso á jugar ella sola, no invitándome ya ni dirigiéndome la palabra durante días enteros.

Aquel desdén me era insoportable. Esta nueva soledad se me hacía penosa, mucho más penosa que la anterior; caí nuevamente en mis ensueños y en mi tristeza y otra vez los pensamientos negros obscurecieron mi alma.

VII

Mlle. Leotard, que tenía la misión de vigilarnos, observó muy pronto aquel cam-

bio de nuestras relaciones, y como de hecho yo era la parte abandonada, mi forzada soledad hirió su sensibilidad. Dirigióse á la princesita y la riñó por su falta de amabilidad para conmigo. La niña frunció las cejas, se encogió de hombros y declaró que no sabía qué hacer conmigo, pues yo no sabía jugar y estaba siempre pensando en otras cosas. Prefería esperar á su hermano Alejandro, que debía volver pronto de Moscou, con el fin de jugar juntos. Esta respuesta no satisfizo completamente á mademoiselle Leotard; hizo observar á Katia que yo estaba enferma aún, que no podía tener su viveza ni su alegría, que eran demasiadas, á mayor abundamiento; recordóla que había cometido tal y tal falta; que dos días antes por poco si no la devora el bulldog. Finalmente, la institutriz la reprendió duramente y la ordenó que viniese á reconciliarse conmigo sobre el terreno.

Katia había escuchado con suma atención á la francesa, como si, en efecto, reconociese algo de nuevo y de justo en aquellos razonamientos. Dejando el aro, que hacía correr por el salón, se aproximó adonde yo estaba, y, entre seria y asombrada, preguntóme:

—¿Quieres jugar conmigo?

—No,—respondí temblando á Katia y á las nuevas recriminaciones de Mlle. Leotard.

—¿Qué quieres, pues?

—Descansar... yo no puedo correr; pero no te enfades conmigo, Katia, porque te quiero mucho.

—¡Bueno... pues voy á jugar sola!—dijo lentamente y con dulzura, sorprendida de no encontrarse culpable —Ea, adiós. No estoy enfadada contigo.

—¡Adiós!—repetí yo levantándome y alargándola mi mano.

—¡Quizá deseas que nos besemos?—me preguntó después de una corta reflexión, recordando, sin duda, la escena precedente, y deseosa, para acabar más pronto, de hacerme cualquier concesión.

—¡Como quieras!...—le contesté con tímida esperanza.

Se acercó con mucha seriedad, y, sin sonreír, me dió dos besos que la devolví yo.

Habiendo cumplido así lo que esperaba de ella, y aun añadiendo algo suyo á fin de ser agradable á la pobre niña hacia quien la enviaban, huyó de mi lado, y, contenta y satisfecha, pronto resonaron en la casa sus risas y sus gritos. Fatigada, por fin, y anhelante, se echó sobre un diván para reponerse y recobrar nuevas fuerzas. Durante toda la tarde me miró con cierto aire de desconfianza.

Se conocía que trataba de preguntarme alguna cosa para descifrar el enigma. Pero por aquella vez no se atrevió.

Ordinariamente las lecciones de Katia empezaban por la mañana, Mlle. Leotard

le enseñaba el francés, y este estudio consistía en un poco de gramática, seguida de la lectura de una fábula de La Fontaine.

No la forzaban mucho, y á duras penas podían conseguir de ella que se dedicase dos horas al trabajo durante todo el día. Había consentido someterse á aquella combinación mediante las súplicas del príncipe y las órdenes de su madre, con los cuales había comprometido su palabra. Tenía un cerebro muy bien dotado y retenía cuanto le enseñaban. Pero aun en esto tenía sus personales extravagancias; cuando no comprendía alguna cosa, reflexionaba seriamente y no pedía la explicación retenida por un sentimiento de vergüenza. Pasaba días enteros frente al obstáculo, sin poderlo franquear, é irritándose de no vencerlo por su propio esfuerzo.

Sólo en la última extremidad, cuando no podía por otro punto, preguntaba á mademoiselle Leotard la solución de la cosa.

Para todo era igual. Reflexionaba mucho aun cuando no se daba cuenta desde el primer momento. Al mismo tiempo era más ingenua de lo que se es generalmente á su edad. A veces decía tonterías sin fundamento, y otras revelaba en sus apreciaciones una sutileza nada común.

VIII

En cuanto estuve en estado de ocuparme en algo, Mlle. Leotard me hizo sufrir un

examen y vió la extensión de mis conocimientos; encontró que leía bastante bien, pero que en la escritura dejaba mucho que desear. Juzgó que era de urgente necesidad para mí el que aprendiese la lengua francesa. No hice objeción alguna y una mañana me senté al lado de Katia, en la mesa de estudio. Aquel día, la princesita, como si lo hiciera expresamente, estuvo estúpida y distraída; Mlle. Leotard no la reconocía. Por mi parte, en una sola sesión aprendí el alfabeto francés, poniendo todo mi interés por complacer á la institutriz. Al final de la clase, Mlle. Leotard se enfadó seriamente con Katia.

—¡Mírela usted,—la dijo señalándome:— una niña enferma que aprende la primera lección y está diez veces más adelantada que usted! ¿No le da á usted vergüenza?

—¿Más adelantada que yo?—preguntó la princesita estupefacta.—¡Pero si aun está en el alfabeto!

—¿Y cuánto tiempo ha necesitado usted para aprenderlo?

—Tres lecciones.

—Pues bien, Netotchka lo sabe en una. Así, pues, estudia con triple aprovechamiento y bien pronto lo pasará. ¿No es verdad esto?

Katia se quedó meditabunda y se tornó encarnada, comprendiendo que la observación de Mlle. Leotard era justa.

Enrojecer, cubrirsele el rostro de púrpu-

ra, era su manera de manifestar el despecho que la causaban las derrotas. Esta vez su despecho llegó al llanto. Guardó silencio, limitándose á dirigirme una mirada fulminante. Adiviné bien pronto de lo que se trataba. La pobre niña tenía un orgullo y un amor propio desmedidos. Cuando nos separamos de Mlle. Leotard, quise hablar á Katia para tratar de disipar su despecho y demostrarle que yo no era responsable de la reprimenda que le había echado la francesa. Pero Katia fingió no verme y no me respondió nada. Una hora más tarde entró en la sala, en la que, con mi gramática en la mano, pensaba en ella, disgustada de que hubiese rehusado mi conversación. Al entrar la princesita me miró de soslayo, y como de costumbre, sentóse en un diván, pareciéndome que reflexionaba. No pude contenerme y la interrogué con la mirada:

—¿Sabes bailar?—me dijo.

—No, no sé.

—Pues yo sí...

—¿Sabes tocar el piano?

—No... tampoco.

—¡Ah, yo sí! Es muy difícil.

—No sé—respondí.

—Mlle. Leotard dice que eres más inteligente que yo.

—Eso te lo diría porque estaba enfadada contigo,—le repliqué.

—¿Crees que papá se enfadará también?

—No sé...

Nuevo silencio.

Katia golpeó la alfombra con los pies.

—¿Entonces te burlas de mí porque comprendes más fácilmente que yo?—añadió sin poder contener más tiempo su despecho.

—¡Oh, no, no!—exclamé yo deseosa de estrecharla entre mis brazos.

—¡Cómo, princesita! ¿No le da á usted vergüenza pensar así y confesarlo? —dijo Mlle. Leotard.

La buena señora nos vigilaba hacía algunos minutos y había escuchado nuestra conversación.

—¡Debiera usted ruborizarse!—continuó.

—¡Tiene usted celos de esta niña y se jacta ante ella de saber bailar y tocar el piano!... ¡Qué vergüenza! Yo contaré al príncipe todo esto.

Katia enrojeció.

Es un maligno sentimiento. Sus preguntas han ofendido á Netotchka, cuyos padres eran pobres gentes que no podían costearle profesores. Lo que sabe lo ha aprendido por cuenta propia, porque es discreta y buena. ¡Debía usted amarla y no engendrar odiosas rivalidades! ¡Eso es vergonzoso! Usted sabe que la pobre niña es huérfana, sola. ¿Por qué no le ha dicho usted también que era usted princesa y ella no? La dejo á usted sola; piense en lo que ha dicho y trate de corregirse.

IX

Katia necesitó dos días para reflexionar. Durante este tiempo suspendió sus alegres sonrisas. En la media noche la escuchaba discutir en sueños con Mlle. Leotard. Llegó á enflaquecer un tanto y el brillo de su rostro perdió un poco de su rosado color. En fin, al tercer día nos encontramos en uno de los departamentos. Katia salía de las habitaciones de su madre. Al verme se detuvo y sentóse frente á mí.

Esperé aterrada y temblorosa lo que iba á suceder.

—Netotchka... ¿por qué me han reñido por causa de usted?—me preguntó al fin.

—No ha sido por culpa mía, Katia,—respondí apresurándome á disculparme.

—Mlle. Leotard dice que yo la he ofendido á usted.

—No, Katia, no; usted nome ha ofendido.

La princesita se encogió de hombros con aire perplejo.

—¿Entonces por que llora usted?—añadió después de corto silencio.

—No lloraré más,—dije á través de mis lágrimas.

Y volvió á encogerse de hombros.

—¿Lloraba usted antes?

—No,—respondí.

—¿Por qué vive usted en nuestra casa?—

me preguntó de súbito tras un nuevo silencio.

La miré estupefacta, como si algo me hubiese herido el corazón.

—¡Porque soy huérfana!—murmuré reuniendo todas mis fuerzas.

—¿Tenía usted una mamá y un papá?

—Sí.

—¿La querían á usted?

—No... sí,—balbuceé.

—¿Eran pobrecitos?

—Sí.

—¿Muy pobres?

—Sí.

—¿Y no la han enseñado nada?

—Me enseñaron á leer.

—¿Tenía usted juguetes?

—No.

—¿Ni pasteles?

—Tampoco.

—¿Cuántas salas teníais?

—Una.

—¡Una sala nada más!...

—Y criados... ¿teníais?

—No; no teníamos.

—¿Quién os servía, pues?

—Yo iba á los recados.

Las preguntas de la princesita me desgarraban el corazón. Los recuerdos que despertaban en mí, su extrañeza, todo aquello me daba frío, me ofendía, me hacía daño.

—Usted sentiríase muy dichosa cuando vino á vivir con nosotros...

Guardé silencio.

—¿Tenía usted lindos vestidos?

—No.

—Uno solo muy feo, ¿verdad?

—Sí.

—Por qué me lo pregunta usted entonces?—dije presa de indignación y levantándome.—¿Por qué me lo pregunta usted?—añadí roja de cólera.—¿Por qué se burla usted de mí?

Katia se puso encarnada y se levantó también.

—No... no me burlo de usted. Unicamente quería saber si sus padres eran pobres.

—¿Por qué esas preguntas sobre mis padres?—continué llorando,—¿y por qué me pregunta usted de ese modo? ¿Qué daño le han hecho á usted mis padres?

Katia se quedó confusa, sin saber qué responder.

En aquel momento entró el príncipe.

—¿Qué tienes, Netotchka?—preguntó al notar mis lágrimas.—¿Qué tienes?—repetió mirando á Katia cuyas mejillas estaban encendidas.—¿De qué hablábais? ¿Por qué habéis reñido? ¿Por qué llora Netotchka?

Yo no pude responder. Cogí una mano del príncipe y la besé cubriéndola de lágrimas.

—¡Katia, dime la verdad! ¿Qué ha pasado?

Katia era incapaz de mentir.

—Le he dicho que había visto la ropa

vieja que llevaba antes en casa de sus padres.

—¿Quién te la enseñado? ¿Quién ha sido capaz?

—La he visto yo misma,—respondió Katia con firmeza.

—Está bien. Sé que no denunciarás á nadie. Te conozco demasiado. Y después, ¿qué ha pasado?

—Se ha puesto á llorar diciendo que yo me burlaba de su papá y de su mamá.

—¡Te has burlado, por consiguiente! Aun cuando Katia no se hubiese burlado, en efecto, su intención era esa y yo lo comprendí en seguida. No respondió una palabra. Asentía, pues.

—¡Ve á pedirla perdón inmediatamente! —ordenó el príncipe señalándome con el dedo.

La princesita, pálida como la cera, no adelantó un paso.

—¡Vamos!—insistió el príncipe.

—¡No quiero!—dijo Katia en voz baja, pero con tono decidido.

—¡Katia!

—¡No... no quiero! ¡No quiero!—exclamó de golpe con los ojos centelleantes y dando con el pie sobre la alfombra.—No quiero pedirla perdón, papá. No la amo, no. No quiero vivir con ella. ¿Qué culpa tengo yo de no quererla? Está llorando todo el día... ¡no la quiero... no la quiero!

—¡Ven!—dijo el príncipe cogiéndola por

un brazo y conduciéndola á su despacho. — Netotchka, retírate á tu gabinete.

Hubiera querido arrojarme á los pies del príncipe y pedirle perdón para Katia, pero el príncipe repitió severamente su orden y me alejé helada de terror, como una muerta.

X

Al énttar en mi habitación caí sobre el diván y oculté la cabeza entre las manos. Conté los minutos esperando á Katia con impaciencia.

Quería arrojarme á sus pies. Llegó por fin sin pronunciar una palabra, pasó por mi lado y se sentó en un rincón. Sus ojos estaban encarnados y sus mejillas inundadas de lágrimas. Mis resoluciones se habían desvanecido. La miraba con espanto, sin atreverme á respirar.

Acuséme con todas mis fuerzas, traté de persuadirme á mí misma de que yo era la sola culpable. Mil veces quise acercarme á Katia y mil veces renuncié por miedo á una mala acogida. Así transcurrió todo aquel día y el siguiente. Al terminar el tercero, Katia apareció más contenta y se puso á rodar su aro á través del salón, pero de pronto cesó de jugar y se recogió en un rincón. Antes de retirarse á la cama se volvió de repente hacia mí y sus labios se entreabrieron para decir alguna cosa, pero se detuvo en el camino y se acostó sin decir

nada. Al día siguiente Mlle. Leotard, extrañada, la interrogó preguntándole qué tenía. ¿Estaría enferma, cuando se había retirado tan de repente? Katia respondió evasivamente y cogió de nuevo el volante; pero así que Mlle. Leotard nos dejó solas, se puso como una amapola y se echó á llorar. Avergonzada de que yo la viese llorar, escapó del salón. En fin, cuatro días después de nuestra riña, vino á mí y me dijo tímidamente:

—Papá me ha mandado que la pida perdón; ¿me perdona usted?

Le cojí vivamente las manos y sofocando mi emoción:

—¡Sí... sí!—la dije.

—Papá me ha ordenado que la abrace... ¿quiere usted que nos abracemos? Sin responderla, empecé á cubrirla las manos de besos y se las mojé con lágrimas.

Al levantar mis ojos para mirarla, noté en su rostro movimientos extraordinarios. Sus labios estaban agitados por un ligero temblor; su barbilla se contraía como bajo la influencia de una viva emoción; sus ojazos negros se humedecían; pero un instante después volvió á ser dueña de sí misma y una sonrisa vagaba por sus labios.

—Voy á decirle á papá que la he abrazado y que la he pedido perdón,—dijo en voz baja como si pensase alto.—Hace tres días que no le veo; me había prohibido entrar en sus habitaciones hasta que no obedeciese.

Y al decir esto bajó las escaleras trémula, pensativa, no sabiendo qué acogida la dispensaría su padre.

Pero una hora después oyóse en el piso superior un escándalo de gritos, risas y lamentos de Falstaff; luego el ruido de algo que se rompía, de libros que se tiraban al suelo y el aro rodando por el pavimento; Katia había hecho las paces con su padre.

Mi corazón se estremeció de alegría. Sin embargo, la princesita no se acercaba á mi lado; evitaba las ocasiones de hablarme. Yo en cambio, tenía el honor de haber excitado su curiosidad hasta el más alto grado. Con mucha frecuencia se sentaba enfrente de mí y se entregaba á un prolijo examen. Estas inspecciones de mi persona se tornaban cada vez más ingenuas. En una palabra, la niña mimada y consentida, á quien todo el mundo acogía y acariciaba como un tesoro, no podía comprender cómo me encontraba yo á su lado, sin títulos ni parentesco con ella. Pero era un corazoncito bueno y dulce que debía volver siempre al buen camino, por el solo instinto de su naturaleza generosa. La persona que más influencia tenía sobre ella era su padre, á quien adoraba. La princesa la quería con pasión, pero afectaba con ella una gran severidad, y de su madre había sacado Katia la testarudez, el orgullo y la obstinación. Sin embargo, la niña soportaba perfectamente todos los caprichos y

aún la tiranía de la princesa; ésta tenía una extraña manera de comprender la educación, y la de Katia ofrecía los más singulares contrastes de abandono absoluto y perfecto rigor. Lo que ayer fué permitido, era prohibido hoy con todas las reservas. La niña se sentía mortificada en sus sentimientos de justicia... Pero ya volveré á decir algo sobre este particular. Haré observar únicamente que Katia sabía variar su actitud según que la cosa dependiese del padre ó de la madre. Con él mostrábase natural, franca, expansiva y sincera; con ella, todo lo contrario: disimulada, recelosa, obediente por fuerza y no por la persuasión. Debo decir, á pesar de esto y en honor de mi Katia, que su sumisión á la madre se debía al conocimiento exacto de un amor maternal que llegaba al extravío. La niña tenía en cuenta semejantes excesos.

En cuanto á mí no podía explicarme lo que me pasaba. Todo un mundo de sensaciones nuevas me agitaba interiormente. En fin, después de muchos sufrimientos y muchas reflexiones, me ví obligada á reconocer que estaba enamorada de mi Katia.

Sí, era amor lo que por ella experimentaba, verdadero amor, con sus lágrimas de gozo y de desesperación; un amor apasionado. ¿Qué es lo que me atraía hacia ella? ¿Qué es lo que había hecho nacer en mí semejante sentimiento? Lo ignoro. Sé que la había amado á primera vista, que fuí deliciosa.

mente impresionada al aspecto de aquella niña bella como un ángel. Sus defectos mismos no la hacían desmerecer á mis ojos, pues no derivaban de una imperfección de su alma, sino de su descuidada educación.

Todo el mundo la admiraba y á todo el mundo inspiraba celos.

Cuando paseábamos juntas, los transeuntes se detenían á mirarla.

Parecía haber nacido para la felicidad, así como yo parecía creada para la aflicción.

El defecto principal, y quizá la gran cualidad de mi princesita, era su orgullo. Tenía un amor propio excepcional. La contradicción no la ofendía, pero la llenaba de sorpresa; tan superior se creía á todo.

Le era muy difícil comprender que no tuviese razón en cualquier cosa, pero en cambio, si se la probaba que lo que pretendía era injusto, se sometía inmediatamente.

Si de primeras no fué para mí la amiga que yo soñara, me lo explico por el hecho de una antipatía natural que estaba fuera de todo razonamiento.

XI

Nuestras lecciones continuaron como anteriormente y jamás puso ya atención en mis progresos.

Ni aun los plácemes con que se dignaban premiar mi dulzura y mi aplicación tenían la propiedad de mortificar su amor propio,

Buscaba, es verdad, compensación y se entendía mejor con nuestro bulldog.

Falstaff era un perro calmoso y flemático, lo que no le impedía ser fiero como un tigre cuando le irritaban.

No le halagaban las caricias y parecía serle indiferente todo el mundo.

En la casa se le trataba con un especie de temor respetuoso. Tenía también su historia.

Un día el príncipe había vuelto de paseo acompañado de un perrillo escuálido, feo y gruñón; y que, sin embargo, era un gran perro de raza.

Y, como la familia estaba en la quinta, sucedió que el hermano de Katia, el pequeño Sacha, cayó, jugando, dentro del río. La princesa estaba allí, y, loca de dolor, quiso arrojarle detrás de su hijo. Se la pudo contener á duras penas. Sacha, arrastrado por la corriente, se mantenía á flote, merced á sus vestiditos.

Se corrió precipitadamente á desamarrar una canoa. Pero esto pide bastante tiempo. De pronto se oyó un gran estrépito dentro del agua y el bulldog, nadando hacia el niño, llegó hasta él, lo asió por las ropitas y lo condujo triunfalmente á la orilla.

La princesa cubrió de besos al animal, empapado aún de agua y fango. Falstaff, que en aquel entonces llevaba el nombre prosáico y plebeyo de Friksa, no soportaba, como ya hemos dicho, caricia alguna; correspondió á los abrazos de la princesa hincán-

dole los colmillos en la espalda. La princesa guardó toda su vida las señales del mordisco, pero ésto no fué óbice para que conservara por su perro una afección sin límites.

El perro fué desde entonces el huésped mimado de la casa. El príncipe, en consideración á su voracidad y glotonería, lo confirmó con el nombre de Falstaff.

Tenía un criado que le limpiaba, que le daba tanta comida como podía engullir, y le habían regalado una piel de oso, donde se tenía para hacer la digestión.

Falstaff, en fin, había llegado á ser el perro más feliz de la creación. Pero su carácter, naturalmente taciturno, no había cambiado á pesar de su nueva vida.

No conocía la urbanidad y le tenía sin cuidado su rico collar de plata.

Lo que sí hizo fué adquirir hábitos de invencible pereza y no le gustaba que le molestasen los importunos.

Katia le buscaba querella algunas veces; aquellas en que no tenía nadie á mano para descargar su fastidio. Y después la indiferencia del perro la exasperaba; la era insoportable que hubiese álguien en la casa que desconociera su autoridad, que no cesase ante ella, que no la quisiera como todos la querían.

Falstaff no se daba por entendido y permanecía inflexible en su arrogancia.

Un día, después de comer, que estábamos solas en el gran salón, el bulldog vino á ten-

derse en medio de la sala para reposar un copioso desayuno. Este momento fué el elegido por la princesita para someterlo á la obediencia. Paró de jugar, y andando de puntillas y prodigando a Falstaff los epítetos más cariñosos, haciéndole mil señas amistosas, dirigióse hacia él con precaución. Falstaff mostró su estuche molar. La princesa se detuvo. Su proyecto era aproximarse al perro y acariciarle un poco, cosa que el bulldog no permitía sino á la princesa madre. Esta tentativa ofrecía un peligro serio, pues Falstaff no sufría ninguna imposición y podía muy bien morderla las manos ó destrozarla, si se enfurecía mucho; las cóleras de aquel animal eran terribles.

Yo seguía, llena de inquietud y de terror, todos los movimientos de Katia. En vano fué que la suplicase dejara tranquilo al perro; aun los amenazadores y poderosos colmillos de Falstaff no eran suficiente para hacerla cejar de su empeño. Juzgando que no podía atacar al enemigo de frente, tomó el partido de amagar á retaguardia. El perro no se movió.

Katia describió un círculo cuyo centro era el perro, y cada vez el círculo iba teniendo menos diámetro. Pero cuando llegó al límite que el bulldog juzgaba respetable y sagrado, se detuvo ante los colmillos prestos á morder.

La princesita, despechada, empezó á golpear el suelo con el pie y se retiró; sentóse

en el diván y reflexionó. Salió á los pocos momentos, volviendo casi enseguida con una abundante provisión de galletas y pastelillos; cambiaba de táctica. Falstaff permaneció indiferente; indudablemente no tenía apetito. Ni aun siquiera volvió la cabeza para mirar la golosina que le habían echado, y cuando Katia llegó de nuevo al límite que el creía infranqueable, el perro manifestó una oposición más viva que la primera vez. Levantó la cabeza, desenvainó los colmillos, gruñó sordamente é hizo un ligero movimiento como para lanzarse encima. La princesa enrojació de cólera, arrojó los dulces y volvió á sentarse. Estaba agitadaísima, nerviosa y el despecho la hacía llorar. Por desgracia me miró en aquel momento y la sangre se le revolvió én el cuerpo. Abandonó decididamente el diván y marchó inflexible hacia el terrible perro.

La estupefacción, sin duda, produjo un efecto extraordinario sobre Falstaff. Permitted que el enemigo franquease la línea neutral y sólo al tenerla á dos pasos, acogió con un siniestro gruñido á la loca Katia. Esta se detuvo un momento: después, con decisión, siguió avanzando. El terror me tenía paralizada. La princesita estaba excitada en el más alto grado; el triunfo brillaba en sus ojos. Aquella escena hubiera dado asunto para un lindo cuadro. Afrontó con valor la mirada del bulldog. Falstaff se levantó. Un sordo gruñido se escapaba de su garganta;

un movimiento mas y la niña sería destrozada. Pero la princesita le pasó orgullosamente la mano por la espalda y lo acarició tres veces consecutivas. Durante algunos instantes el bulldog permaneció indeciso. Este fué el momento más palpitante del drama; el perro bostezó, se desperezó, y desdenando, sin duda, vengarse de un niño, salió tranquilamente de la sala.

La princesa quedó dueña del campo de batalla. Me arrojó una mirada inexpresable, saturada, embriagada de triunfo; yo estaba pálida como un difunto; lo notó y sonrióse. Sin embargo, un poco después, una palidez profunda cubrió también sus mejillas, apenas pudo ganar el sofá, y al llegar allí cayó sin conocimiento.

XII

Mi afección por Katia no tenía ya límites. Pero á partir del día en que, por su causa, experimenté un miedo tan horrible, no pude dominar mi pasión. Me consumía de pena. Mil veces estuve tentada de arrojarme á su cuello, pero el temor me detuvo. Huía de ella á fin de que no conociese mi agitación.

Un día vino á la sala en que yo me encontraba. La traviesa niña notó mi turbación y se quedó confusa, pero su emoción no fué más allá.

Así estuve sufriendo todo un eterno mes.

No cambiábamos una palabra. Descubrí, empero, que el obstinado silencio de Katia no encubría la indiferencia ni el olvido, sino solamente una reserva voluntaria y bien determinada. Sin embargo, yo no podía dormir, y aun la misma Mlle. Leotard había advertido mi tristeza. Mi amor por Katia era del todo extravagante y tomaba entonces los caracteres de una pasión contrariada.

Estaba de tal modo preocupada con estos acontecimientos y esta transformación, que olvidé mi pasado, absorta por entero en mi afección y mi dolor.

Algunas veces, en medio de la noche, á los castos rayos de la lámpara, admiraba á Katia sumergida en dulce sueño. Iba de puntillas hasta su lecho, y arrimándome poco á poco, depositaba un beso en su manecita ó sobre sus cabellos, huyendo luego rápidamente por miedo á ser sorprendida.

Sin embargo, Katia se tornaba cada vez más irritable y más caprichosa. Permanecía silenciosa todo un día y al siguiente se levantaba como una pólvora, revolucionando la casa entera con sus gritos y sus travesuras.

Algún tiempo después, Katia, que jamás había estado enferma, se quejó de dolor de cabeza, y como se comprobó que tenía un poco de fiebre, fué trasladada á las habitaciones de su madre.

La princesa quedó muy afectada por aquella indisposición, y aun creo que me hizo responsable de los cambios insólitos que se producían en su hija.

Desde hacía tiempo tenía la intención de separarnos, y lo hubiera hecho si no temiese la oposición del príncipe, que á veces era inquebrantable en sus resoluciones.

XIII

Me afligió extremadamente el verme separada de pronto de mi amada princesita, y más que nunca torturaba mi espíritu para inquirir la causa de su desdén.

Una mañana vino á sorprenderme á la hora de la lección.

Jamás la había visto tan juguetona y tan linda.

El día lo pasó en continuo regocijo, dando locas carreras, pero, al caer la noche, la tristeza reapareció en su frente.

Cuando su madre fué á verla se esforzó en vano para aparecer alegre, y en cuanto quedóse sola rompió á llorar.

La princesa, inquieta por estos bruscos cambios, nos hizo vigilar cuidadosamente por Mlle. Leotard, pero yo sola conocía lo que pasaba en el corazón de Katia.

Era el desenlace de nuestro poema; según yo creía, era el primer paso hacia la reconciliación.

Lo veía en mil pequeños detalles, insigni-

ficantes para otros ojos, y sin embargo no me atrevía á dar el primer paso.

Algunos días después, un jueves, mademoiselle Leotard nos hizo vestir para llevarnos á paseo.

Desde hacía muchos días no habíamos salido juntas.

Bajábamos gravemente las anchas escaleras del palacio, cuando, con aire más dulce que de costumbre, y de pronto, se acercó á mí diciéndome:

—¡Se le ha deshecho á usted el lazo del zapato! Venga; yo lo arreglaré.

Bajé la cabeza encarnada de rubor y dichosa al ver que Katia me hablaba...

—¡Deme usted!...—añadió ella entre impaciente y risueña.

Se arrodilló, me cogió el pie, que puso sobre una de sus rodillas, y anudó el lazo de mi botina.

Yo me ahogaba, me agitaba una violenta emoción, y me preguntaba qué iba á ser de mí.

Al levantarse me examinó de pies á cabeza.

—¡Goma!—dijo después del examen:— Tiene usted el cuello desabrochado...—y me acarició con la yema del índice la parte nombrada.—¡Vamos á abrocharlo!

Yo no me oponía. Deshizo los pliegues del jubón y los arregló á su manera.

—Nada más fácil que atrapar un resfriado,—continuó sonriendo maliciosamente y

mirándome fijamente con sus ojazos negros y húmedos.

Yo estaba loca de felicidad. No sé lo que nos pasaba ni á Katia ni á mí. A Dios gracias el paseo no fué de larga duración; de otro modo me hubiera arrojado en sus brazos, en mitad de la calle, y me la hubiera comido á besos.

Cuando vino la noche tuvo que entrar á las habitaciones de su madre, pues era día de recepción. Allí, de pronto, y sin causa aparente, tuvo Katia un desvanecimiento.

Hubo un trastorno inexplicable en el palacio. El médico, llamado á toda prisa, confesó que no comprendía nada, y atribuyó este accidente á un fenómeno nervioso, al cual están expuestos los niños con bastante frecuencia.

Pero yo sabía perfectamente á qué atenerme.

Durante el día, Katia, impulsada por no sé qué capricho, había subido al piso de la anciana tía. Esta, que de ordinario rehusaba ver á su sobrinita, á quien odiaba cordialmente, consintió en recibirla aquel día, y contra su costumbre, estuvo amable con ella.

Todo iba bien al principio. Katia había pedido perdón por sus pasadas faltas y misericordia por todos sus pecados, acusándose de sus turbulencias, de sus ligerezas, de sus alborotos, pero con tanta gravedad que la vieja señora se conmovió hasta el punto

de verter lágrimas. Halagada por tan solemne arrepentimiento, iba la boyarda á acordar una completa absolución, cuando, á través de sus anteojos creyó notar que la pecadora se burlaba de ella con la mayor frescura.

Katia no había llegado en su confesión hasta el punto de decir que tenía la intención, pero la intención solamente, de esconder á Falstaff debajo de la cama de la tía y de jugarle otras partidas del mismo género y del mismo mal gusto.

La vieja tía enrojeció de cólera. La niña lanzó una carcajada y echó á correr con toda la ligereza de sus piernas. Pero esto no debía quedar así. Cinco minutos después la princesa era llamada al cuarto de la vieja, y durante dos horas se desarrolló una terrible escena entre las dos mujeres, á propósito del último escándalo de Katia.

XIV

No habiendo obtenido la boyarda la reparación que exigía, resolvió abandonar la casa aquel mismo día.

Fué preciso, de buen grado ó á la fuerza, presentar mil excusas á la vieja y prometerle que Katia sería severamente castigada tan pronto como lo permitiese su salud.

Katia no pudo soportar semejante agravio, y cayó enferma, como hemos dicho.

Al siguiente día la encontré en la escale-

ra, después de comer, en el precioso momento que abría la puerta llamando á Falstaff.

Comprendí que tramaba alguna terrible venganza á la cual quería asociar el bulldog, enemigo natural de la vieja princesa.

Si Falstaff aborrecía á la tía, no era sin motivo. Desde el día en que ésta vino á vivir en casa del príncipe, el perro hubo de cederla el sitio y no se le permitió jamás franquear la escalera que conducía al piso superior; fué para Falstaff una dolorosa privación. Durante una semana estuvo al pie de la escalera arañando la puerta. Pero la consigna era severa y el perro perdía el tiempo inútilmente. Bien pronto comprendió por qué se le arrojaba de su domicilio favorito.

Un domingo que la vieja descendía las escaleras para ir á misa, Falstaff se precipitó sobre ella, la derribó y la hubiese devorado si no acuden á tiempo para socorrerla.

La vieja enfermó de terror. Katia y Falstaff eran más de lo que podía sufrir.

Presentó su ultimatum: O el perro ó ella saldrían de la casa. Se hizo necesaria la intervención del príncipe para llegar á un armisticio. Hizo comprender á su respetable tía que era imposible arrojar á la calle al salvador de su hijo, pero dió órdenes categóricas para que la dama no encontrase jamás al perro en su camino.

XV

—¡Falstaff! ¡Falstaff! — exclamaba dulcemente Katia en la escalera.

El perro acudió, y viendo la puerta franca, iba á lanzarse, á pasar el Rubicón, pero se detuvo indeciso.

La acción era tan grave, la solicitud tan inverosímil, que no podía dar crédito á sus ojos de perro filósofo. Entró, sin embargo, pero lentamente, como una bestia que reflexiona el paso que va á dar.

Y Katia le excitaba, enseñándole la escalera, invitándole...

Y no fué preciso más. Falstaff enseñó sus colmillos, gruñó con sorda cólera y se lanzó como una flecha.

En su carrera derribó cuantas sillas halló al paso.

Mlle. Leotard apercibióse y pidió socorro, pero era ya tarde; el animal cayó en el cuarto de la tía como un rayo.

Un criado acudió inmediatamente á dar sus quejas á la princesa, la cual, esta vez, no se hallaba dispuesta á perdonar. Pero, ¿á quién castigar? Había comprendido perfectamente y sus miradas cayeron sobre Katia... En efecto, Katia, pálida, temblaba de espanto. La pobre niña comprendía entonces, solamente entonces, las terribles consecuencias de su travesura. Las sospechas podían recaer sobre las criadas, sobre

algún inocente, y la niña se disponía á decir toda la verdad.

—¿Eres tú la culpable?—preguntóla su madre severamente.

Viendo la mortal palidéz de Katia, me adelanté y dije con voz firme:

—He sido yo quien he dejado pasar á Falstaff... por descuido—añadí,—pues todo mi ánimo desapareció ante la irritada mirada de la princesa.

—¡Mlle. Leotard, castíguela usted de una manera ejemplar!—dijo saliendo.

Levanté los ojos á Katia; sus manos inertes pendían á lo largo del cuerpo; su carita pálida estaba caída sobre el pecho.

El único castigo usado para los hijos del príncipe era la reclusión en un cuarto vacío. Permanecer dos horas en una habitación desmantelada no tenía nada de terrible, pero cuando un niño era llevado allí á la fuerza, se volvía muy penoso.

Ordinariamente Katia y su hermano estaban encerrados dos horas. Se me condenó á cuatro horas de reclusión en atención á la enormidad del crimen. Palpitante de dicha, entré en mi prisión. Pensaba en mi princesita. Me constaba que la había vencido. Pero en lugar de cuatro horas permanecí encerrada hasta las cuatro de la mañana. He aquí la causa:

Dos horas después de mi encierro, mademoiselle Leotard supo que su hija, llegada de Moscou, estaba enferma y deseaba verla.

Mlle. Leotard se fué sin acordarse de mí. La criada afecta á nuestro servicio supuso probablemente que yo estaba en libertad. Katia, llamada á las habitaciones de su madre, no volvió al dormitorio hasta las once de la noche. La doncella desnudóla, la acostó, y la princesita tenía demasiadas razones para no preguntar por mí. Acostóse, pues, sabiendo bien que yo estaría reclusa cuatro horas, y suponiendo que la criada me sacaría bien pronto. Pero Nastia me olvidó del todo, tanto más cuanto que de ordinario yo me desnudaba sola, de manera que pasé la noche en el calabozo.

XVI

A las cuatro de la mañana oí tocar á la puerta. Yo dormía, bien que mal, tendida en el pavimento. Al despertarme lancé un grito de sorpresa, pero pronto reconocí la voz de Katia, después la de Mlle. Leotard y por último la de Nastia. Abrióse la puerta y Mlle. Leotard me besó con lágrimas en los ojos, pidiéndome perdón por haberme olvidado. Yo, llorando también, me abracé á su cuello. Me hallaba helada de frío y me dolían todos los huesos á causa del incómodo lecho en que había pasado la noche.

Busqué con los ojos a Katia; ésta volvió rápidamente a nuestro dormitorio, se metió en la cama y cuando yo entré dormía ó fingía dormir.

Esperándome, según me contó después, durmióse á su pesar y no despertó hasta las cuatro de la mañana. Notando que yo no estaba aun allí, despertó á todo el mundo, hizo levantar á Mlle. Leotard, que acababa de acostarse, diciéndoles extrañada que me buscasen, pues ya debía haber salido del encierro.

A la mañana siguiente todos los habitantes de la casa sabían mi aventura. La misma princesa manifestó que se me había tratado con excesiva severidad. En cuanto al príncipe, jamás le he visto tan irritado.

—¡Veamos!—dijo á Mlle. Leotard.—¿Qué es lo que hace usted? ¿Cómo procede usted con esta pobre criatura? ¡Eso es bárbaro! ¡Puro scitismo! ¡Una niña enferma, débil, soñadora, miedosa, llena de imaginación... encerrada en un cuarto oscuro toda una noche! ¿Pero eso es quererla matar? ¿Es que no conoce usted su historia? ¡Eso es cruel! ¡Eso es inhumano! Lo repito, señora, ¿cómo se puede castigar tan duramente? ¿Quién ha inventado eso?

La pobre Mlle. Leotard, con los ojos llenos de lágrimas, explicó los hechos: cómo su hija había llegado y cómo fué olvidarme, añadiendo que la corrección era muy buena, por otra parte, y que el mismo Juan Jacobo Rousseau aconseja algo sobre el particular.

—¡J. J. Rousseau, señora! J. J. Rousseau no puede recomendar eso. Por otra parte,

J. J. Rousseau no es ninguna autoridad ni tiene el derecho de hablar de educación. ¡J. J. Rousseau ha abandonado á sus propios hijos, señora! ¡Juan Jacobo era una mala persona, señora!

—¡J. J. Rousseau! ¡Juan Jacobo una mala persona!... ¡Príncipe!... ¿qué dice usted?

Mlle. Leotard era una buena señora que se enfadaba difícilmente; pero atentar á sus prejuicios, molestar la sombra clásica de Corneille, de Racine, ofender á Voltaire, tratar á J. J. Rousseau de mala persona... ¡oh, Dios mío! las lágrimas asomaron á sus ojos y la vieja institutriz temblaba de indignación.

—¡Usted olvida, príncipe!...—dijo fuera de sí.

El príncipe se repuso inmediatamente y se excusó. Acercóseme, me besó con efusión, hizo sobre mí el signo de la cruz y se retiró acto seguido.

—¡Pobre príncipe!—exclamó Mlle. Leotard conmovida á su turno, y nos pusimos á dar nuestras lecciones. La princesita respondía con distracción. Antes de comer se acercó con la sonrisa en los labios, y cogiéndome por los hombros, me dijo rápidamente, como para disimular su vergüenza:

—¿Has padecido bastante por mí? Bueno. Después de comer iremos á jugar al salón.

Alguien pasaba por nuestro lado; Katia se alejó rápidamente.

A la caída de la noche descendimos am-

bas al salón cogidas de la mano. Katia, profundamente conmovida, apenas podía respirar. Yo me sentía más feliz y contenta que nunca.

—¿Quieres jugar á la pelota?—me dijo.—
Estate ahí.

Me detuve en un rincón de la sala; pero en lugar de alejarse para echarme la pelota, se detuvo al segundo paso, miróme, enrojeció y cayó sobre el diván cubriéndose el rostro con las manos.

Hice un movimiento hacia ella y creyó que me iba.

—No te vayas, Netotchka. Quédate conmigo. Esto pasará enseguida.

Súbitamente se levantó y se echó toda sobre mi cuello. Sus mejillas estaban húmedas. Sus labios se hinchaban como dos cerezas. Los rizos de sus cabellos flotaban en desorden.

Me abrazaba con accesos locos besando mi cara, mis ojos, mis labios, mi cuello, mis manos. Yo me apretaba contra ella y nos estrechábamos dulcemente como dos amigas ó dos enamorados que se encuentran después de una larga separación.

El corazón de Katia latía con tanta fuerza que yo lo oía perfectamente.

Del cuarto vecino llamaron á Katia.

—¡Oh, Netotchka! Esta noche nos veremos. Sube y espérame.

Me besó una vez más, procurando no hacer ruido, y acudió á donde la llamaban.

XVII

Entré en nuestra habitación resucitada, me arrojé sobre el diván, oculté mi cabeza entre las manos y lloré de felicidad... Mi corazón latía con tal violencia que parecía querer saltárseme del pecho. No sé como pude vivir hasta la noche. Al dar las once me acosté. Katia vino después.

Me saludó desde lejos sin decirme una palabra. Nastia la desnudaba lentamente, como si lo hiciera á propósito.

—¡De prisa, Nastia, de prisa!—murmuró la princesita.

—¿Qué tiene usted, princesa? Sin duda ha corrido usted por la escalera, pues tiene usted agitado el corazón...

—¡Dios mío, Nastia, que pesada estás!.. date prisa.

Y la princesa golpeaba el suelo con los pies.

—¡Oh, qué impaciencia!—dijo Nastia besándole su piecico descalzo.

Por fin se terminó la *toilette* de noche; Nastia salió dejando acostada á su amita.

Tan pronto como desaparecieron los pasos de la criada, Katia saltó de la cama y vino á la mía.

—¡Vente á acostar conmigo!—murmuró levantándose.

Un minuto más tarde estábamos una en brazos de la otra. La princesita me colmaba de besos.

—¡Me acuerdo cuando tú me besabas por la noche!—dijo enrojeciendo como una amapola.—Yo sollozé.

—Netotchka—murmuró ella á través de sus lágrimas,—angel mío, hace mucho tiempo que te quiero, mucho tiempo, ¿sabes?

—¿Desde cuándo?

—Desde que papá me mandó que te pidiese perdón y cuando tú defendías á tu padre, Netochka, mi huer-fa-ni-ta,—subrayó sembrando en mi boca un beso por cada sílaba. Lloraba y reía á la vez.

—¡Ah, Katia!...

—¿Y bien, qué?... ¿Bueno y qué?

—¡Por qué hemos estado tanto tiempo!...

No me dejó acabar; nos estrechamos de nuevo sin pronunciar una palabra.

—¡Oye! ¿Qué piensas tú de mí?—preguntó por fin la princesita.

—¡Cuánto he pensado en tí, Katia!... Siempre... de noche y de día.

—¡Y soñabas conmigo: yo te he oído!

—¿De veras?

—Y tú has llorado mucho.

—¿Por qué eras entonces tan orgullosa?

—¡Porque era una estúpida, Netotchka! Eso se me pone en la cabeza y eso es todo. Estaba muy enfadada contigo.

—¿Y por qué?

—Porque era mala. Además, porque vales más que yo. Después, porque papá te prefería. Y papá es muy bueno, Netotchka... ¿verdad que sí?

—¡Oh, sí!—respondí yo con lágrimas acor-
dándome del príncipe.

—¡Qué gran corazón!—repuso seriamen-
te Katia.—Y luego, como me obligó á pedir-
te perdón, me enfadé otra vez contigo.

—¡Y ví que ibas á llorar!

—¿Y tú? ¡Cállate, lloriconcilla, cállate!
—dijo Katia poniéndome su manecita sobre
la boca.—Escucha: yo tenía muchas ganas
de quererte y de pronto quería aborrecer-
te. ¡Y cuánto te he aborrecido! ¡Una atroci-
dad, hija!

—¿Pero, por qué?

—¡Oh, no sé por qué estaba enfadada con-
tigo! Y después notaba que tú no podías
vivir sin mí... Entonces me decía: ¡Espéra-
te, que te voy á hacer rabiar!

—¡La mala!...

—¡La llorona!

—¡Ah, mi Katia!

—Sí, amiguita mía,—continuó ésta besán-
dome las manos.—Y después yo no quería
hablarte... ¿Te acuerdas cómo toqué á Fals-
taff!

—¡Oh, sí! ¡Qué miedo, Dios santo!

—¡Y qué miedo al sino!—dijo lentamen-
te la princesa.—¿Y sabes por qué quería
acercarme á él?

—No... ¿por qué?

—Pues... porque tú me mirabas. Sí; cuan-
do ví que me mirabas, entonces, sucediera
lo que sucediera, fuí. Sentiste mucho mie-
do, ¿eh? ¿Temías por mí?

—Mucho, Katia.

—Ya lo ví. ¡Y qué descansada me quedé cuando salió Falstaff! ¡Dios mío, cuánto miedo pasé cuando el perro estuvo fuera!

Y Katia reía nerviosamente. Levantó de pronto su cabeza bellísima y cogiéndome por las sienes con ambas manos, se me quedó mirando. Unas lagrimillas como chispitas de diamante titilaban en sus largas pestañas.

—¿Qué tienes tú para que yo te ame tanto?—exclamó luego.—¡Mira! ¡Una salvaje, con los ojos claros, una estupidita, una llorona, una desgarbada!

Y Katia se inclinó sobre mí para derramar una lluvia de besos y de lágrimas. Estaba atrozmente conmovida.

—Y sin embargo... ¡cuánto te quiero! Solo, que yo pensaba: ¡No, no se lo diré! ¡Y qué testaruda soy! ¿Por qué me temías? ¿Por qué me avergonzaba yo delante de tí? ¿Ves qué bien estamos ahora?

—¡Katia... qué mala estoy!—decíala yo en un transporte de dicha.

¡Cómo sufre mi corazón!

—¡Sí, Netotchka! Escucha todavía... y antes, oye... ¿Quién te puso Netotchka?

¡Mamá!

—¿Me contarás todo lo de tu mamá?

—¡Todo!...—respondíle con efusión.

—¿Y qué has hecho de mis pañolitos bordados? ¿Y por qué me cogiste aquella cinta? ¡Ah, pícara! ¡Yo lo sé todo!

Me eché á reir ruborizándome.

—¡No!...—pensaba yo.—Voy á hacerla padecer. ¡Ella espera!... Otras veces pensaba:—¡Pero si yo no la quiero... ni esto!—y Katia se mordía el cabo de la uña.—Y tú siempre tan dulce, corderita mía! ¡Qué miedo tenía de que me creyeses torpe! Tú eres inteligente, muy inteligente, ¿verdad Netotchka?

—Vamos... ¿qué dices, Katia?—respondí yo casi enojada.

—Sí, muy inteligente—repitió Katia con gravedad,—ya lo sé. Una mañana me levanté y de golpe empecé á quererte tanto que era una cosa atroz. Soñé contigo toda la noche. Yo pensaba: Voy á decir á mamá que me permita vivir abajo. Quiero estar allí. Deseaba quererte y después odiarte. Al llegar la noche me decía: ¡Ah! ¡Si viniese como anoche! Y tú venías... y yo me hacía la dormida... ¡Qué malas somos, Netotchka!

—Pero... ¿por qué no querías amarme?...

—Porque... Pero ¿qué estoy diciendo? ¡Te he querido siempre! Después creí que te aborrecía. Voy á besarla—me decía,—y á pellizcarla hasta que se muera. ¡Toma, toma, estupidital!

—Y Katia me pellizcaba.

—¿Te acuerdas cuando te hice el lazo de la botina.

—Sí.

—¡Sí..., vaya! — repitió jocosamente la princesita.—Eras muy feliz. Yo te miraba. ¡Qué bonita es—me decía,—voy á atarle la lazada... ¿qué pensará? ¡Y estaba muy contenta... mucho! Y... palabra: quería besarte, pero no lo hice porque... ¡Y tenía unas ganas de reirme! Me chocaba todo y durante el paseo pensé muchas tonterías. No podía mirar sin que la risa me viniese á la boca. ¡Y qué feliz me sentí cuando fuiste al calabozo en mi lugar! ¿Tuviste miedo?

—¡Oh..., sí! Un miedo atroz.

—Pues sí, yo estaba muy contenta; no porque estabas en el cuarto oscuro, sino porque habías ido en mi lugar.—¡Ella llorará ahora... y yo la quiero muchísimo! — me decía.

—¡Cuántos besos la daré mañana... cuántos! Y no te compadecía, pero lloraba mucho.

—Pues bueno... yo no lloraba. Yo era dichosa, muy dichosa.

—¿No lloraste? ¡Ah, picarilla!—exclamó Katia besándome con transporte.

—¡Katia... Katia! ¡Dios mío, qué hermosa eres!

—¿Verdad que sí? Bueno; ahora haz de mi lo que quieras. ¡A torméntame, pellízcame... te lo suplico... pellízcame! Pellízcame, querida mía...

—¡Mala!

—¿Qué más?

—¡Gata!

—¿Y qué más?

—¿Qué más? Bésame..

Nos besábamos, llorábamos, reíamos. Nuestros labios se hinchaban bajo los besos.

—¡Netotchka! ¿Vendrás siempre á dormir conmigo? A tí te gusta besar; nos besaremos. No quiero que estés triste. ¿Por qué te aburres tanto? Me lo contarás, ¿no es verdad?

—Yo te lo contaré. Pero ahora ya no me fastidio; soy muy dichosa.

—Quiero que tengas las mejillas tan coloradas como las mías. ¡Ah! ¡Si fuese ya mañana! ¿Tienes sueño, Netotchka?

—No.

—Bueno, pues hablemos.

Y estuvimos charlando así más de dos horas. Primeramente la princesita me confesó que quería á su padre más que á todos, más que á ella misma. Decidimos que mademoiselle Leotard era una buena persona. Hicimos proyectos para el otro día y los sucesivos; reglamentamos nuestra vida casi para una veintena de años. He aquí cómo lo arreglaba Katia: Un día mandaría ella y yo obedecería. Al siguiente sería yo la que mandase y ella se sometería sin observaciones de ningún género. Más tarde compartiríamos la dirección. Una de nosotras, el mejor día, fingiría no querer obedecer. Entonces nos enfadaríamos de mentirijillas y después haríamos las paces pidiéndonos perdón por turno. En una palabra, nos esperaba una dicha perdurable. En fin, cuan-

do hubimos charlotado mucho sentí que me ganaba el sueño, y aunque Katia se burló de mí fué la primera en dormirse. Nos despertamos á un tiempo. Nos besamos á toda prisa, y oyendo pasos cerca, apenas tuve tiempo para ganar mi cama.

Todo el día estuvimos avergonzadas de nuestra propia dicha. Nos escondíamos de todo el mundo: tanto temíamos las miradas extrañas. En cuanto entraba álguien nos echábamos á temblar. Teníamos gran miedo de que nos sorprendiesen besándonos.

A medio día nos dejaron solas por espacio de una hora; aquel tiempo lo aproveché para contar mi historia á Katia. No creo necesario reproducirla aquí con todos sus detalles. Por otra parte, es asunto que merece tratarse aislado, lo cual haré algún día. Resumo, pues, mis recuerdos tan brevemente como me es posible:

«Mi padre, Efimoff, era músico. Primeramente fué profesor de clarinete y estaba empleado en casa de un gran señor que se permitía el lujo de una orquesta completa. Efimoff tenía desgraciadamente el vicio de la bebida, que lo degeneraba, y del cual no pudo corregirse en toda su vida.

»Un día topó con un italiano que tocaba muy bien el violín, y que le enseñó el manejo de este instrumento. Ligarón estrecha amistad y fueron juntos siempre, hasta que una mañana recogieron al italiano muerto,

en el arroyo, á consecuencia de una congestión cerebral originada por una borra-
chera.

»Después de este accidente, Efimoff cam-
bió repentinamente de conducta con su pro-
tector, el cual le trataba con mucha consi-
deración: se volvió insolente, pretencioso,
exigente; llegó hasta el punto de calumniar-
le. Siguió una violenta escena, y el gran
señor, un príncipe, supo con extrañeza que
Efimoff tocaba el violín; oyóle y quedó ma-
ravillado de su talento, ofreciéndole su con-
tinuación en la orquesta con sueldo mucho
mayor y en calidad de violín concertista.
Efimoff, hinchado de orgullo y ya bajo el
imperio de la locura alcohólica, rehusó pre-
textando que tenía deseos de trasladarse á San
Petersburgo, para perfeccionarse en su arte.
Recibió de manos del príncipe un donativo
de trescientos rublos, y partió.

»Pero en vez de ir directamente á la ca-
pital, erró por la provincia y en pocos me-
ses disipó hasta el último céntimo. Vióse
entonces precisado á formar parte de una
orquesta trashumante; de allí pasó á otra y
arrastró así, durante siete años, una existen-
cia de artista nómada. Disgustado, en fin, de
aquella vida, é imaginándose ser un gran
artista llamado á la celebridad, á pie, y ras-
cando su violín por pueblos y aldeas, tomó
el camino de San Petersburgo, donde llegó
en un estado cercano á la indigencia. Tra-
bó, al poco tiempo, relaciones con Bouvarov,

uno de los músicos más célebres de su tiempo, cuya reputación empezaba entonces, y que vivía de las lecciones. Bouvarov trabajaba sin descanso, con la perseverancia y obstinación que distingue á los alemanes; bien pronto salió de la obscuridad, gracias á la protección del príncipe de X.***

»Efimoff, perezoso y borracho, apenas ejercitaba en su arte, á pesar de los consejos de su amigo, é iba descendiendo más y más en la pendiente de la música. Ilusionado por su talento real, aunque imperfecto, creía inútil trabajar y atribuía su desanimación á la pobreza, que no trataba de combatir.

»Por aquel entonces tropezó con mi madre. Esta tenía trescientos rublos de ahorro reunidos céntimo á céntimo durante una larga serie de años que fué ama de gobierno en una casa principal. Efimoff creyó que aquellos trescientos rublos le permitirían esperar la gloria que soñaba. Casó, pues, con la pobre mujer que le adoraba; mas ésta no tardó en deplorar su debilidad.

»Yo tenía tres años cuando ocurría todo esto, pero comprendía bien algunas cosas. No conocí á mi verdadero padre, el cual había muerto poco después de mi nacimiento. Empecé á querer á Efimoff y bien pronto le tuve más cariño que á mi madre. ¿Cuál era la causa de esta preferencia? Quizá porque conocía que Efimoff era tan niño como yo. Continuó su vida tan inútil y desordenada como antes de su matrimonio; en

cuanto los trescientos rublos dieron fin, se cruzó noblemente de brazos.

»Empecé á sufrir por la miseria y por el desacuerdo que reinaba constantemente entre mis padres. Vivíamos en una buhardilla sin aire y casi sin luz. Mi madre trabajaba para los tres y se aniquilaba, lo cual no nos impedía padecer hambre con dolorosa frecuencia. Durante sus eternas disputas yo me refugiaba en un rincón de nuestro pobre cuarto, desde donde veía volar los platos por el aire y á mi madre lamentarse y llorar; allí permanecía temblorosa horas enteras.

«Un día mi padre encontró á Bouvarov, el cual vino á vernos y consiguió para mi padre una plaza de violinista en una orquesta. Mi madre, que creía en el genio de Efimoff y que le amaba á pesar de sus defectos, imaginó que nuestra miserable existencia iba á cambiar y fué dichosa algunos días. Pero algunos días solamente. Efimoff propagó las más odiosas calumnias contra Bouvarov; estuvo insolente y arrogante con sus nuevos compañeros y llegó á las manos con el director de orquesta, lo que dió lugar á que le echaran del teatro.

»Estuvimos viviendo, durante años enteros, con el trabajo de mi madre. Para satisfacer sus aficiones á la bebida, Efimoff me pedía con frecuencia el dinero de los recados, y tenía tal ascendiente sobre mí, que no me atrevía á negárselo, á pesar del embarazo que resultaba para mi pobre madre. Para

recompensarme, me enseñaba su violín, me decía que era un gran artista y que algún día seríamos dichosos: iríamos entonces á vivir á un hermoso palacio y nuestra vida se deslizaría entre el lujo y el encanto. Yo creía de buena fe en todas aquellas mentiras que él profería de igual modo, pues su locura era incurable; murió el día que hubiera podido curarse.

»En espera de tanta felicidad enseñóme á leer y me contaba mil historias, lo que abrió mi imaginación, hasta entonces comprimida por la dolorosa realidad, á quimeras doradas y consoladoras.

»Meditaba profundamente en la edad en que los niños no hacen más que reír y jugar; me concentré en mí misma, y esta reflexión demasiado precoz desarrolló en mí una sensibilidad exagerada y malsana.

»Sin embargo, el desenlace se acercaba á paso de carga. Schuzmann, el famoso violinista de nombre universal, vino á San Petersburgo á dar una serie de conciertos. Efimoff no hablaba más que del gran artista y su razón se exaltaba. Debo manifestar que nunca faltaba á ninguna audición de aquel género y que siempre sacaba la convicción de su gran superioridad sobre los demás artistas. Algunos días antes del primer concierto de Schuzmann, encontró al príncipe y á Bouvarov, los cuales, sin decirle nada, resolvieron enviarle una entrada, que se pagaban á muy buen precio. Efimoff, que no recelaba

nada de aquella generosa idea y quería de todos modos oír al célebre músico, me decidí, á fuerza de instancias y de súplicas, á que le diese quince rublos que mi madre me había entregado para hacer diferentes pagos, y á pesar de mis espantosos remordimientos, cometí aquella villana acción. Algunos minutos después caí víctima de un accidente nervioso. En el mismo instante, un criado traía la entrada de parte del príncipe X.*** Mi madre, ilusionada de nuevo con el genio de su marido, á quien el príncipe, á lo que ella creyó, quería proteger, le perdonó una vez más, aun cuando estuviese segura de que era él el autor de la substracción de los quince rublos, que, por otra parte, no le devolvió; pero no pudo perdonarle el que hubiese pervertido á su hija.

»Mi padre se vistió precipitadamente, porque el concierto empezaba á las ocho y eran ya las siete. Cuando hubo salido, mi madre me atrajo hacia ella, me acarició largo rato y murmuró con voz débil:

—¡Pobre hija mía! ¿Qué será de tí cuando yo falte? ¿Qué será de tí, mi pobre Netotchka? Y se echó á llorar. Yo lloré también y me sentía horriblemente triste.

»Hacia ya mucho tiempo que mi madre estaba enferma y agotaba las fuerzas que le restaban trabajando sin cesar para nosotros.

»No pudiendo resistir más, se echó en la cama y me dijo que me acostase yo también.

La obedecí, pero no pude dormir antes que transcurriesen algunas horas de insomnio febril. Sufría mucho. Mi madre había dejado la vela encendida y la llave en la puerta, como era su costumbre cuando mi padre tenía que retirarse tarde.

A media noche despertóme el ruido que oí en la habitación. Efimoff estaba delante de mí, con el violín en la mano. Iba á tocar, pero de pronto se detuvo, como cambiando de pensamiento. Puso el violín sobre la mesa y se acercó á la cama de mi madre; inclinóse hacia ella y permaneció así algunos minutos, que fueron de cruel angustia para mí, pues no comprendía qué pudiese significar aquello; seguidamente pasó sus manos sobre la sábana palpando con vacilación. Cuando levantó la cabeza quedé espantada de su palidez. Mire á mi madre, ésta dormía profundamente; su cuerpo se dibujaba en líneas rígidas debajo de la finísima colcha; sin saber por qué, me chocó su inmovilidad y la vigilé cuidadosamente esperando que despertase. No se movía. Mi padre se dirigió hacia la alacena y se echó un vaso de vino, que vació de un sorbo. Volvió á la mesa, cogió el violín, y, cuando iba á atacar las primeras notas, cambió de postura y se puso frente á la puerta, dando la espalda á la cama. Súbitamente se puso á tocar y la emoción me dejó aterrada. No eran los sonidos comunes que daba el instrumento, sino una sucesión de suspiros,

sollozos, lamentaciones desgarradoras que exhalaban, atropellándose bajo el arco gemidor. No pude soportar por largo rato aquella música desesperada que me retorcía el corazón. Exhalé un grito, salté de la cama y fui á caer en los brazos de mi padre. Este colocó el violín en la caja, y dijo:

—¡Es hora de marchar, vamos Netotchka!

»Yo preparé á toda prisa un paquetito con mis miserables ropas. Efinoff se metió en los bolsillos todos los objetos pequeños que encontró á mano. Tenía todo el aspecto de un loco y yo no podía mirarle sin echarme á temblar.

—¿Y mamá, padre?—preguntéle.—¿Es que mamá no viene con nosotros?

—Ven á despedirte de ella; tu madre ha muerto.

»Esta revelación me heló de terror, aun cuando hacía largo rato que la presentía. Me aproximé á mi madre; estaba ya fría y la lividez de la muerte cubría su rostro. El espanto me impidió pronunciar una sola palabra; sin embargo, hubiese querido gritar.

—¡Vámonos, papá, vámonos!

Me tomó de la mano y atravesamos el umbral, pero se detuvo allí.

—¡Ven á rezar por tu madre!—me dijo con voz grave.

Volví á entrar en la sala y me arrodillé delante de las imágenes, pero no pude rezar; estaba muerta de miedo.

—Ya es tiempo—me dijo,—vamos.

Súbitamente recordó alguna cosa; se frotaba la frente con aire perplejo. Abrió, por fin, un cajón de la vieja cómoda, cogió el poco dinero que quedaba y me lo hizo guardar en el pecho, sobre la carne; el frío del metal me hizo estremecer.

» Descendimos aquellas escaleras para siempre. Al pasar por delante de la portería, mi padre casi echó á correr por temor á ser interrogado acerca de aquella escapada nocturna. Una vez en la calle se puso á caminar tan velozmente, que á duras penas podía seguirle; me así á su levita para no quedarme atrás. Después de media hora de fatigosa caminata nos detuvimos sobre el muelle del canal y mi padre se sentó sobre el parapeto.

—Papaíto—le dije,—no está bien hecho el dejar sola á mamá. Es preciso buscar á alguien para que la vele.

—Tienes razón, Netotchka; ve corriendo, que yo te espero aquí. Allí hay luz y no tendrás miedo. Vuelve después aquí.

—Sí, papá, espérame.

Nevaba y yo tenía gran espanto al verme sola de noche, en medio de la calle, y sobre todo de pensar que estaría cerca de mi madre muerta. Pero era preciso hacer aquel sacrificio, pues yo no podía abandonar á mi madre de aquella manera.

¡Y hacía tanto frío allí, en la calle, tanto frío! A pesar de nuestra loca carrera, yo estaba aterida.

»Eché sobre mi padre una postrera mirada de súplica y atravesé la calzada. Al poner el pie en la acera de frente, volvíme para mirarlo otra vez... Ya no estaba allí; corría en una dirección opuesta. Lancé un grito y me precipité en su camino. Lloré, le llamé con los más dulces nombres, sin que se detuviese á escucharme.

—»Papá—gritaba yo, —papaíto; si no me quieres más, yo me iré con mamá, pero bésame por última vez... tú me habías prometido llevarme á la hermosa casa... ¡papá!... ¡papá!..

»Yo estaba anhelante, me ahogaba y mis piernas vacilaban. Mi padre ya iba lejos, tan lejos que desesperé de alcanzarle. Volvió la esquina de una calle. Hice un último esfuerzo y volví á correr. En medio de la calle tropecé con una piedra, resbalé y caí de bruces sobre la nieve. Un sudor frío me helaba todo el cuerpo; sentí un dolor inmenso en la parte izquierda de la cabeza, y un líquido caliente se deslizaba por mi cara. Vencida por el dolor y el sufrimiento me desmayé...

»Al abrir los ojos vi delante de mí al príncipe, á tu papá, que me había recogido en la puerta de su palacio e que dispuso que me curasen y me albergaran. Poco después, mi Katia, te conocí y te amé, y aquí tienes toda mi historia.»

—¡Pobre pequeña mía... pobre huérfana!
—¿ijo Katia rodeándome con sus brazos y cubriéndome de besos y de lágrimas.

—¿Y Efimoff?—me dijo después.—¿Qué fué de él?

Dos días después le encontraron errante, loco, por el campo. Fué llevado á un manicomio y murió á los pocos días. Este detalle lo sé por tu papá.

Katia estaba visiblemente conmovida.

—¡Mala, mala! ¿Por qué no me habías contado todo eso? ¡Te hubiera querido tanto! ¿De manera que tú ibas á los recados?

—Sí; y algunas veces los granujas me pegaban para quitarme el dinero.

—¡Ah, los malvados! Si algún día tropezase con alguno de ellos, verías como lo ponía con el látigo de Falstaff.

Y sus ojos echaban rayos de indignación.

Así transcurrió este día y el siguiente. Pensé morir de gozo. Me ahogaba tanta dicha. Pero ésta no debía ser muy duradera.

Mlle. Leotard había recibido la orden de comunicar á la princesa todos nuestros movimientos. A los tres días de someternos á una minuciosa observación, pudo acumular pruebas más que suficientes. Fuése á las habitaciones de la princesa y la contó que nosotras vivíamos en una especie de fiebre, que no nos separábamos nunca, que nos besábamos á cada momento, que llorábamos y reíamos como unas locas sin motivo aparente y que estábamos charlando de continuo, cosa que no ocurría anteriormente. Mlle. Leotard no sabía á qué atribuir este cambio de humor, pero que le parecía que

la princesita pasaba un estado crítico y sería conveniente que estuviésemos juntas el menos tiempo posible.

—¡Ese es mi pensamiento desde hace mucho tiempo!—contestó la princesa.—Sabía perfectamente que esta huérfana extraña á nuestra casa nos daría algún disgusto. Tiene indudablemente gran influencia sobre Katia. ¿Dice usted que mi hija la ama mucho?

—Perdidamente.

La princesa, despechada y celosa de mí, enrojció.

—Esto no es natural,—repuso.—Al principio éranse muy indiferentes la una á la otra. Y le confieso á usted que eso me complacía. A pesar de su edad yo no puedo garantizar nada sobre esa niña. Puede haber mamado malos principios en el pecho de su madre. Mil veces he indicado al príncipe la conveniencia de meter á esa niña en un colegio... Hoy no me detendrá nada; es preciso que esa niña salga de casa..: y saldrá.

XVIII

La separación fué decidida.

En vano Mlle. Leotard quiso tomar mi defensa.

Se previno á Katia que no me vería ya hasta dentro de ocho días. Yo supe por la noche semejante noticia y quedé anonadada. Me pareció que Katia no podría, después de lo

que había pasado entre nosotras, soportar esta separación.

El príncipe que vino á verme al siguiente día, trató, por medio de dulces palabras, de consolarme y darme alguna esperanza, pero todo había terminado para nosotras. La princesa era inquebrantable en sus determinaciones.

Quedé sumida en mi gran dolor, y el tercer día recibí un billetito de Katia que me enviaba con la camarera. «Te amo mucho—me decía—y no pienso más que en el medio de reunirme contigo. No llores, querida mía, y escíbime diciéndome que me quieres mucho. He soñado contigo todas estas noches, mi amada Netotchka; te envió bombones y un millón de besos. ¡Adiós!..»

Respondí á Katia en el mismo estilo y todo el día estuve llorando sobre aquel papel que la destinaba.

Mlle. Leotard me había tomado gran afecto y se arrepentía de haber hecho aquella confidencia á la princesa. Pero nada podía consolarme, y á cada momento preguntaba á Nastia, nuestra criada, sobre todo los actos y gestos de mi amiga.

Una mañana me dijeron que el príncipe me esperaba en su despacho.

Corrí temblando de gozo y emoción. El príncipe no estaba solo. Katia se arrojó á mi cuello en cuanto abrí la puerta. Después, saltando sobre las rodillas de su padre, le prodigó tantas caricias y con tanta vivaci-

dad, que ambos rodaron por el diván.

—¡Loquilla!—dijo el príncipe.

—¡Oh! ¡Es que tú eres tan bueno, papá!..

—Pero ¿de dónde te viene tan loca y súbita amistad por Netotchka, hija mía?

—¡Ah... cállate papá; no sabes tú nuestros asuntos!

Y diciendo estas palabras nos echamos una en brazos de la otra, vertiendo mil lágrimas.

¡Cómo había enflaquecido Katia durante aquellos tres días! Yo la observaba ansiosa; su tez había palidecido, y la encontré tan desmejorada que no pude retener mis sollozos.

De repente tocaron á la puerta. Era Nastia que venía á buscar á la princesita, de orden de su madre.

Katia se quedó pálida como una muerta ante la idea de dejarme.

El príncipe, por su parte, parecía también muy afectado.

—Hasta la vista, hijas mías—nos dijo.— Nos veremos aquí todos los días; ¡bendígaos Dios!...—y salió. Pero ¡ay! Ni aun debíamos conservar aquella dicha.

El príncipe debía marchar inmediatamente á Moscou, para reunirse con el pequeño Alejandro, gravemente enfermo, según le participaban.

Aquel día fué un día cruel de lágrimas, de despedidas.

La partida de la familia era irremisible;

pero se nos concedió permiso á Katia y á mí para que nos diésemos el último beso.

El carruaje de camino esperaba en el vestíbulo. Yo estaba loca de dolor y Katia abatida por completo.

Conocí que era aquella un trozo de mi alma que se me iba, que un poco de mi corazón se escapaba de mi pecho, que mi vida proseguiría siempre así, sin esperanzas, sin amistad, y las lágrimas me sofocaban. Katia comprendía esto tan perfectamente como yo, pero quizá más nerviosa, no podía llorar. Se la llevaron desvanecida.

Marché á su lado, sin saber lo que hacía, cubriéndola con mis besos y con mis lágrimas.

De repente abrió los ojos, y al verme exclamó: No llores más, Netotchka mía, ni te apenes más por mí; volveré dentro de un mes y entonces ya no nos epararemos jamás. ¡Adiós!...

Y reía con una risa extraña al decir esto.

La princesa estaba cerca de nosotros; aquella escena la enojaba é irritaba.

—¡Basta ya!—dijo por fin.—¡Netotchka, vamos á marchar!

Y arrastró á su hija consigo.

Katia se escapó de sus brazos y volvió á los míos.

—¡Tú eres mi vida, Netotchka, tú eres mi vida! —exclamó palpitante.— No te digo adios, no; sino hasta la vista...

Nos abrazamos por última vez, y partió.

¡Partió para mucho tiempo. Se fué con ella el último ensueño de mi desgraciada infancia, se llevó la mitad de mi alma y quizá nunca lo haya sabido!...

XIX

Katia, pues, había partido. Quedábame sola y más huérfana que nunca.

Entré, á pesar mío, en otra vida, y como una barquilla sacudida por el mar, seguí á la ola que quería arrastrarme.

La partida de los príncipes á Moscou fué para mí un gran acontecimiento.

Hallábame sola con Mlle. Leotard. Quince días después supimos que el regreso de la familia á San Petersburgo se había aplazado hasta una fecha indeterminada. La institutriz, por razones particulares no podía trasladarse á Moscou. El príncipe, que la tenía gran estimación, escribió á su hija mayor, Alejandra Mikaïlowna, suplicándola nos recibiese á las dos en su casa; no he hablado hasta este momento de Alejandra Mikaïlowna, porque hasta el presente no había tenido ocasión de verla sino una sola vez. Era hija del primer marido de la princesa y de ésta, que fué primeramente mujer de un rico contratista. Antes de unirse en segundas nupcias con el príncipe, hubiera querido casar á su hija, la cual no era negocio muy fácil, en atención á la pequeña dote que

aportaba la joven. En fin, después de cuatro años de pacientes investigaciones, encontró para su hija un marido rico y titulado.

Durante los primeros meses de esta unión, la princesa iba á ver á su hija dos veces al año; el príncipe iba todas las semanas acompañado de Katia. Pero pronto disgustó á la princesa que Katia visitase á su hermana con tanta frecuencia, lo que obligaba al príncipe á llevarla á escondidas. Katia adoraba á su hermana, por más que sus caracteres fuesen diametralmente opuestos. Alejandra Mikaïlowna tenía veintidós años en aquella época; era dulce, tierna y amante; se adivinaba, de primer momento en ella, una tristeza oculta; sus encantadoras facciones se hallaban revestidas de una expresión grave y conmovedora que traslucía un sufrimiento íntimo. La seriedad no conocía á su rostro de angel, tanto como el luto no cuadra bien á un niño. No podía mirársela sin sentir hacia ella una gran simpatía. Siempre estaba pálida y tenía cierta predisposición á la tisis. Como quiera que había vivido largo tiempo en la soledad, no era aficionada al bullicio del mundo.

Recuerdo su bondadosa acogida, cuando llegué con Mlle. Leotard á su casa. Vino hacia mí y me abrazó con gran ternura; después me tomó en sus brazos y me preguntó si quería vivir con ella y una hijita suya. Ví en ella, de pronto, á la hermana de mi Katia; mi corazón se apretó y la besé con aire

doloroso. Aun me pareció oír una vez más la palabra «huérfana».

Alejandra Mikailowna nos enseñó la carta del príncipe, en la cual nos recomendaba á ella. Mi bienhechor me deseaba una vida dichosa y me recomendaba que amase á su hija mayor, que sería seguramente muy buena para mí. Katia también me escribía algunas líneas para decirme que no se separaría ya de su madre.

He aquí, pues, como entré en una nueva familia, en una nueva casa, arrancándome una segunda vez á todo cuanto me era querido, á todo lo que había sido mío. Llegué allí con el alma destrozada y cansada ya de vida.

Esta nueva existencia se desarrolló tranquila y sin ningún incidente, como en la reclusión de un convento. Viví con mis protectores cerca de ocho años, y no recuerdo, durante todo aquel tiempo, una sola reunión, una comida de gala, una revista de amigos ó de parientes. Dos ó tres personas venían con alguna frecuencia, entre otros, el músico Bouvarov, además de las gentes que iban á hablar de asuntos con el marido de Alejandra Mikailowna; éste estaba completamente embebido en sus negocios y dedicaba muy poco tiempo á su familia; numerosas relaciones que no podía descuidar le forzaban á aparecer muy á menudo en la sociedad. Se hablaba mucho de su ambición desmedida, pero, esto no obstante, estaba re-

pütado como un hombre serio; ocupaba una lisonjera situación, el éxito y la fortuna venía en su ayuda, de modo que la opinión pública le era favorable. Se ocupaba mucho de sí mismo y bastante poco de su mujer, la cual vivía en una soledad profunda y parecía satisfecha. Alejandra llegó á quererme como á su hija, y yo, aun cuando entristecida, y con el corazón lacerado por mi separación de Katia, me eché ardientemente en aquellos brazos que se abrían para consolarme. Después siempre la quise como á una madre, una hermana ó una omiga.

Apercibíme muy pronto, á pesar de las apariencias, de que la pobre joven distaba mucho de ser dichosa. El curso tranquilo de su existencia era como una capa de nieve que recubre un volcán casi extinguido. Pero su dulce sonrisa no disimulaba bastante la punzante pena que asolaba su alma.

Adiviné aquel sentimiento profundamente encubierto y la quise más todavía.

Ella, por otra parte, parecía desconfiar de sí propia y vigilaba celosamente su corazón. Algunas veces, en el momento en que aparecía del todo tranquila y serena, se desprendían de sus ojos gruesas lágrimas. Se hubiera dicho que la conciencia de alguna cosa se despertaba dentro de su pecho para torturarla.

Su marido parecía adorarla y tenía con ella mil pequeñas atenciones; Alejandra también le demostraba gran afecto; y esto,

no obstante una niña que era yo, me hacía comprender que había una barrera de hielo entre aquellos dos corazones, barrera que jamás fundiría el más ardiente sol.

Desde el primer día me fué repulsivo el marido de Alejandra Mikailowna. Era un hombre de gran talla, flaco, frío, con los ojos siempre escondidos detrás de unas gafas azules.

Era poco comunicativo, y aun con su mujer empleaba maneras glaciales y ceremoniosas como las de un inglés. Se ensimismaba y difícilmente encontraba asunto para la conversación. La sociedad, á veces, le era insupportable.

No prestó jamás alguna atención á mi persona, y si ocurría encontrarnos por casualidad reunidos los tres en el salón, perdía yo la serenidad y procuraba esconderme.

Si echaba de soslayo una mirada sobre Alejandra Mikailowna, la veía observar ansiosamente los gestos y actitudes de su marido, temiendo disgustarle á cada momento y viendo en sus palabras alusiones que ella no podía apreciar.

Empleaba toda su gracia y toda su voluntad en agradar á aquel hombre, y de antemano desesperaba de poderlo conseguir. Tratava menos de halagarlo que de mendigar su aprobación. La regocijaba la menor sonrisa que podía arrancar á aquella naturaleza apática y fría, pero éste mismo gozo

no era jamás completo, ni conseguía rechazar la contención y la tristeza que reinaba entre ellos. Unicamente, cuando su marido nos dejaba solas volvía á ser bondadosa y afable. Entonces hablaba conmigo de todas las cosas como si fuésemos dos amigas. A veces nos ocupábamos de él, pero entonces nuestra conversación se limitaba á una serie de preguntas que ella me hacía, tales como: «¿Me ha dicho esto ó lo otro? ¿Parecía satisfecho?» y esto era todo.

Además de esto interrogaba á los criados preguntándoles dónde había pasado el día, ó si se había quejado de alguna cosa.

Una afección tamaña me llenaba de asombro. Yo no era más que una niña, y sin embargo, conocía claramente que aquella no era la manera como debía amarse un matrimonio. Me perdía en conjeturas, y no sacando nada, dejaba transcurrir los días y me habituaba á la solemne tristeza que gravitaba sobre aquella casa.

Apenas si algunos rayos de alegría venían á alumbrar aquella vida monótona.

Algunas veces, Peters Alejandrowitch se mostraba más atento con su mujer; respondía á sus amabilidades con una sonrisa ó una palabra afable y la suplicaba que se sentase al piano; entonces tocaba algunos baillables que alegraban un tanto el sombrío salón.

Pero esto sucedía raramente; nuestra vida casi monacal se deslizaba uniforme, sin un

solo acontecimiento. Acabé por acostumbrarme y encontrar alguna placidez en aquella vida.

Yo crecía y me desarrollaba; nuevas sensaciones venían á despertarse en mí, distra-yéndome de mis preocupaciones. Lo único que se mantuvo en mí invariable fué el amor que profesaba á Alejandra, y, por discreción, no quise profundizar la causa de su eterno disgusto. Alejandra conocía esta afección y se mostraba muy reconocida. Cuando leía en su rostro alguna viva inquietud, me sonreía á través de sus lágrimas y aun se burlaba de su propia pena, ó bien quería persuadirme que vivía dichosa y contenta, que encontraba una gran satisfacción en la amistad que yo le profesaba, que solo la daban pesadumbre los tormentos que sufría Peters Alejandrowitch, pero que aparte de esto, era dichosa, ¡muy dichosa!...

Sin embargo, cuando pronunciaba estas últimas palabras, no podía sofocar un raudal de ardientes lágrimas que asomaban á sus ojos.

XX

Así, pues, Alejandra Mikailowna me dedicaba una afección particularísima y gustaba de compartir conmigo su soledad. Me consagraba todos los momentos que le dejaba el cuidado de su hijito, de un año escaso.

Se le metió en la cabeza, quizá para distraerse, el emprender mi educación, sin temer la competencia de madame Leotard, que sonreía un poco al ver sus esfuerzos.

En efecto, deseaba enseñarme todas las ciencias á la vez, de modo que yo no entendía nada y ella misma se perdía en sus explicaciones. Mlle. Leotard juzgaba que había allí insuficiencia de método y que la base dejaba que desear, pero todo se suplía por una voluntad muy grande y también por una mutua afección.

Mi protectora se inquietaba muy poco por la pedagogía; solamente notaba que para instruirme era suficiente mi modo de ser y el solicitar mi atención; tenía razón, y los hechos lo demostraron muy pronto.

Desde el principio, las relaciones jerárquicas de discípula y maestra desaparecieron. Aprendíamos como dos amigas; con frecuencia parecía ser yo la que enseñaba á Alejandra Mikailowna, y jamás me dí cuenta de la estratagema. Por ejemplo, se entablaba una discusión entre nosotras y me era preciso probar la verdad de mi tesis; me esforzaba en ella y Alejandra me guiaba sin que yo lo advirtiese. Cuando había comprendido, adivinaba al mismo tiempo la superchería de mi maestra. Yo apreciaba, en todo su valor, el sacrificio que hacía en mi obsequio de gran parte de su tiempo. Me lanzaba á su cuello después de cada lección. Mi excesiva sensibilidad la sorprendía y la

conmovía. Me preguntaba curiosamente por mi pasado, deseosa de oírlo de mis propios labios, y cada vez, al terminar mi relato, se volvía para mí más tierna y más seria; más seria, porque mi niñez desgraciada le inspiraba compasión y al mismo tiempo una especie de respeto. Largas conversaciones seguían á estas confidencias que yo veía bajo un nuevo aspecto, y del cual saqué grandes enseñanzas para el porvenir.

Madame Leotard juzgaba aquellas conversaciones demasiado serias, y, viendo las lágrimas que alguna vez se escapaban de mis ojos, las encontraba injustificadas. Pero yo no era de su opinión.

Después de cada lección me sentía ligera y enternecida como si mi vida se hubiese deslizado siempre en la más bonancible de las felicidades. Mi reconocimiento por Alejandra Mikailowna no tenía límites y cada día la quería más.

Por la mañana nos veíamos en el dormitorio de la niña; la vestíamos, la hacíamos mil caricias y la enseñábamos á hablar, encontrando un placer extremo dándole su comidita y jugando á las *madres* con ella.

El estudio, el paseo, la conversación y la música ocupaban el resto del día, y uno tras otro, los meses se sucedían sin acontecimientos dignos de reseñarse.

XXI

Un día, el músico Bouvarov, que era muy amigo de la casa, vino á pasar la velada con nosotros. Se habló de música, del arte, de los artistas, de todas las cosas que me recordaban á mi padre, y tenían, por consiguiente, un doble interés para mí.

Era yo en aquel entonces una mujercita y recibía las lecciones de acreditados profesores, pues se quería hacer de mí una mujer instruída. Apliquéme á los estudios tanto como me fué posible, pero prefería los de Alejandra Mikailowna.

Recuerdo también que me pusieron un profesor de historia, pero en cuanto éste salía, estudiábamos juntas la historia á nuestro modo. Leíamos mucho, algunas veces hasta media noche, ó, por mejor decir, leía Alejandra Mikailowna, que era al mismo tiempo lectora y crítica. Cada uno de sus relatos me entusiasmaba. Nos amábamos las dos como si ambas fuésemos las heroínas. Leíamos más entre líneas que sobre el texto mismo, y por otra parte, Alejandra leía tan bien que parecía que había asistido personalmente á los acontecimientos.

Quizá se encontrará ridícula esta pasión por la lectura que nos tenía desveladas hasta tan tarde. Pero como quiera que yo no era más que una niña, y ella un corazón lacerao que soportaba difícilmente la carga

de la vida, aquel estudio nos proporcionaba gran consuelo. Yo sabía que la pobre joven encontraba en mi compañía una especie aparte en su vida. Muchas veces me quedaba mirándola con aire pensativo. Adivinaba la vida, aun antes de haber empezado á vivir.

Así cumplí mis trece años.

La enfermedad de Alejandra Michailowna empeoraba cada día. Se irritaba con más facilidad; sus crisis de desesperación se sucedían con más violencia; las visitas de su marido se multiplicaban, pero éste se tornaba cada vez más silencioso y más taciturno á su lado. El porvenir de la pobre joven me inquietaba vivamente. Yo no era ya una niña; observaba y adivinaba muchas cosas; sin embargo, el misterio que se cernía sobre aquella casa, me obsesionaba, sin que pudiera descubrirlo. En ciertos momentos creía comprender algo. Otros, permanecía indiferente, apática, casi irritada, y olvidaba mi curiosidad, no pudiendo solucionar los problemas que me había propuesto. Me sucedía con frecuencia experimentar un vehemente deseo de estar sola para pensar... ¡para pensar siempre!

Estos momentos me recordaban el tiempo en que, en casa de mis padres, antes de haber llegado á encariñarme con mi padre, estuve meditando durante un año, sin casi pronunciar una palabra; tan salvajes me ponían aquellos fantasmas creados en mi ima-

ginación. La diferencia de mi estado actual se manifestaba en mis impacencias, en mis angustias, en mis arrebatos inconscientes, en mi sed de movimiento, que hacían más difícil que antaño la concentración de mis ideas.

Por su parte, mi joven protectora parecía esquivarme. A esta edad, casi ya no podía ser yo una niña para ella. La preguntaba demasiado, y la miraba algunas veces de tal modo que la obligaba á bajar los ojos. Teníamos momentos muy extraños. Comprendía yo algunas veces que me volvía una carga para ella. Otras—y estas eran más tristes y penosas,—en un transporte de desesperación, me tomaba entre sus brazos, procurando que me interesase por su suerte. No podía soportar su aislamiento y parecía-me creer que yo le comprendería y que sufriríamos juntas.

El misterio no existía ya entre nosotras... Lo presentía y me alejaba de ella. Su presencia se me hacía á veces intolerable. Y á parte de la música, pocas cosas nos reunían ya. Por otra parte, el médico le había prohibido que tocase el piano. Leer le era cada día más difícil, pues no sabía ya qué obra elegir para mí. Nos hubiéramos quedado en la primera página, cada palabra hubiese sido una alusión, cada frase insignificante un problema. Y ambas huíamos de aquellas ardientes conversaciones.

Por aquella época, mi estado moral sufrió

una ruda sacudida y tomó, por fin, una dirección un poco más marcada.

Y he aquí como sucedió esto.

XXII

El comedor tenía tres entradas. Una daba al salón, la segunda á mi dormitorio y al de la niña y la tercera á la biblioteca. La biblioteca, á su vez, tenía acceso á un despacho contiguo á mi habitación. Un secretario de Peters Alejandrowitch que hacía las veces de escribiente, ocupaba de ordinario aquella pieza, donde estaban colgadas á una escarpia las llaves de la librería. Un día encontré en el suelo la llave de la biblioteca; la curiosidad se apoderó de mí, y entré.

Era una pieza muy vasta, clara, rodeada de armarios llenos de libros encerrados con puertas vidrieras. La mayor parte eran legados á Peters Alejandrowitch en herencia, y una pequeña colección había sido comprada por Alejandrowitch poco á poco. Hasta aquel día no se me había puesto en las manos más que libros escogidos cuidadosamente. Me era, pues, fácil imaginar que se me ocultaban mil cosas en aquella materia. Por este motivo, llena de irresistible curiosidad, temblando de miedo y de placer, abrí el primer armario y cogí el primer libro que me vino á las manos: era una novela.

Volví á mi habitación y cerré la puerta, pero no pude leer, tenía otro cuidado que me barajaba la cabeza; me era necesario disponer de la biblioteca sin que nadie se percatase. Dejé la lectura para momento más propicio, solté el libro en su sitio y oculté la llave.

Sí, la oculté. Era la primera mala acción de toda mi vida. Esperé los acontecimientos. Pero todo ocurrió del mejor modo posible. El secretario, después de haber buscado la llave toda la tarde, decidióse, al siguiente día, á llamar á un cerrajero, que hizo otra. El incidente no tuvo más consecuencias y fué prontamente olvidado.

Yo tuve la precaución de no ir á la biblioteca sino ocho dias más tarde, después de asegurarme que no se abrigaba la menor sospecha, y en una ausencia del secretario.

Desde entonces me di á la lectura con furor, fué una pasión. Todas mis aspiraciones, todos los arranques de mi adolescencia que habían desarrollado demasiado pronto mi inteligencia, tomaron una nueva dirección que creí por largo tiempo la verdadera salida de mi situación.

Bien pronto me fasciné, mi fantasía tomó tan extraordinario vuelo, que creí olvidar el mundo exterior.

Parecióme también que la suerte me detenía en el umbral de la nueva vida en que deseaba penetrar tan ansiosamente, y en la que soñaba toda la noche. Pero antes de

permitirme coger aquella nueva vía, mi destino me había impulsado hasta una altura de la que me mostraba, en un magnífico panorama, de perspectiva atrayente y luminosa, todo mi porvenir. Yo debía vivir aquel porvenir después de haberlo aprendido en los libros y percibido en mis sueños, en mis esperanzas, en mis raptos apasionados, en las dulces emociones de mi alma joven.

Leí «á salga lo que saliere». La casualidad me sirvió perfectamente en cuanto á los dos primeros libros; pues mi existencia había sido tan noble, tan austera que yo no podía ser atraída por ninguna lectura malsana. Mi instinto de niña, mi juventud y todo mi ser, me defendían. La conciencia me había iluminado de repente toda la vida. En efecto, cada página me parecía como leída de antemano. ¿Y cómo no ir hasta el olvido del presente, aislada, como estaba hasta cierto punto, de la realidad? ¡Cómo encarnaban en mí, por la lectura de cada libro, las leyes del mismo destino, el mismo espíritu de aventuras que gravita sobre la vida de los hombres! Esta ley que yo sospechaba, trataba de adivinarla con todas mis fuerzas y con todas las facultades sobreexcitadas de mi imaginación.

Cada día la esperanza se fortificaba en mi alma y mis arrebatos hacia el porvenir se tornaban más violentos. Quería vivir aquella vida que descubría en mis lecturas y que

se me aparecía revestida con todos los esplendores del arte, con todas las seducciones de la poesía. Pero, como he dicho ya, mi imaginación tenía demasiado poder sobre mi impaciencia; únicamente era animosa en mis pensamientos, pero en realidad, me espantaba el porvenir. Por un tácito acuerdo con mi conciencia, decidí que era necesario contentarme con la descripción de tan bellas quimeras hasta el día en que pudiera realizarlas en aquel mundo engañoso y novelesco donde yo sólo entreveía goce y sublimidad; la desgracia, cuando yo admitía algo de desgracia en él, no desempeñaba sino un papel pasivo, pasajero, y hasta necesarios, para que resultase un poco de contraste, algunos cambios subitáneos, evolucionando hacia los desenlaces felices, donde terminan invariablemente todas estas historias.

¡Y esta vida de ensueños, que me aislaba completamente de cuanto me rodeaba, duró más de tres años!

Y esta vida era un misterio mío. Cuando terminó, ignoraba aún si debería temer ó no hacer su revelación. ¡Había sido tan personal y tan interior mi existencia en aquellos tres años!

Mi *yo* se reflejaba tan íntimamente en todos aquellos ensueños, que me espantaba y confundía la idea de una mirada extraña que hubiera escudriñado en el fondo de mi alma. Por otra parte, todo el mundo vivía

aislado, sin relación los unos con los otros, en un recogimiento cenobítico.

Durante estos tres años, nada cambió, nada se modificó en torno mío. Una triste uniformidad reinaba entre nosotros como de costumbre. Creo que si no hubiera podido substraerme á este círculo de laxitud intelectual, el disgusto y la desesperación me hubiesen quizá arrojado á un acto fatal.

Mlle. Leotard envejecía; no abandonaba nunca su habitación. Los niños eran aún demasiado pequeños para interesarme. El marido de Alejandra Mikailowna, siempre el mismo, severo y reconcentrado, me helaba de terror. El misterioso abismo que le separaba de su mujer, se tornaba cada vez más terrible, más infranqueable. Alejandra Mikailowna se agostaba como una planta tronchada; se consumía sin causa aparente, como bajo el peso de un espantoso remordimiento, torturándome en vano por adivinar cuál fuese.

Una cosa me afectaba sobre todo; cuanto más avanzaba yo en edad, más se alejaba ella de mí, y su disimulo se traicionaba por nerviosas impaciencias que me hacían sufrir. Hasta parecía ciertos días, en momentos determinados, que no me amaba ya y hasta que mi presencia era insoportable.

Ya he dicho que yo fuí la primera en alejarme de ella; desde el momento en que lo hice me torné tan taciturna y tan sombría como los demás habitantes de la casa. He

aquí por qué todo lo que he vivido durante esos tres años, todo lo que sé desarrolló en mí después de mis ensueños, de mis estudios, de mis esperanzas y de mis arranques apasionados, no se lo he confiado á nadie.

Los sufrimientos de Alejandra Mikailowna hacían que yo amase cada vez más á la desventurada mujer, y, sin embargo, no nos uníamos jamás completamente. Hoy no puedo recordar sin lágrimas cuánto me amaba y cuántos esfuerzos hizo para continuar desempeñando hasta el fin su papel de madre, que se había impuesto para con la pobre huérfana. Sus propias desgracias, es verdad, la llevaban con frecuencia lejos de mí; parecía olvidarme, tanto más cuanto que no me recomendaba á su recuerdo. De esta manera llegué á los dieciséis años sin que nadie se ocupase de mí. En sus momentos de conciencia y de lucidez, Mikailowna se preocupaba repentinamente por mi suerte. Me hacía reanudar bruscamente mis lecciones, mis ocupaciones habituales, me colmaba de preguntas, como si quisiera confesarme, no me dejaba de la mano durante algunos días, y trataba de adivinar todos mis pensamientos, todos mis deseos. Pero había perdido el hábito de mi cuidado, y, como obraba frecuentemente con mucha ingenuidad, yo advertía que aquel celo se había tomado anormal é inconstante. Por ejemplo (y esto ocurría cuando cumplí los dieciséis), hojeando un día mis libros, para no-

tar lo que leía, quedó muy sorprendida al ver que aún entretenía mis ocios con libros infantiles. Adiviné lo que pensaba y la observé atentamente. Me interrogó durante quince días, me sondeó para darse cuenta del grado de desarrollo y de mis necesidades intelectuales. Por fin se decidió, y un día encontréme sobre mi mesa el *Ivanhoe* de Walter Scott, que había leído hacía ya algún tiempo y vuelto á leer lo menos dos veces. Enseguida, con temerosa atención, fué siguiendo mis impresiones; se hubiera dicho que las pesaba, como si las recelase. Aquello trajo una nueva recrudescencia en nuestra amistad. Nos encontramos entusiasmadas la una de la otra, y fuí tan dichosa que no tuve valor para ser reservada con ella. Cuando acabé la lectura de la novela, quedó maravillada. Cada una de mis observaciones le parecía justa, y sensatas cada una de mis opiniones. Según la suya, yo estaba demasiado avanzada en mi edad. Encantada, volvió á vigilar mi educación: hubiera querido no apartarse de mi lado, pero, desgraciadamente, esto no estaba en su mano. Una recaída en su enfermedad nos separó una vez más; después siguió una crisis de desesperación que hizo renacer su desconfianza y quizá endureció su corazón.

Y sin embargo, aun durante este período, tuvimos algunos momentos de felicidad; la lectura, algunas frases afectuosas, la música, nos aproximaron y pudimos olvidar; nos

confesamos la una á la otra con superabundancia de corazón, después, repentinamente, sentíamos un mutuo enfriamiento tras de las expansiones más íntimas.

Una tarde, un poco antes de anoecer, leía yo distraidamente en el gabinete de Alejandra Mikailowna. Esta estaba sentada en el piano é improvisaba sobre uno de sus temas favoritos de aires italianos. Al llegar á un motivo melódico que yo conocía, arrastrada por el canto, que recitaba en mi corazón, me puse á tararearlo tímidamente. Bien pronto, enardecida, levánteme y me aproximé al piano. Alejandra Mikailowna, como si me hubiese adivinado, cesó de tocar para ella y aplicóse, con afectuosa atención, á seguir mi canto. Pareció sorprendida de la extensión de mi voz. Hasta entonces jamás había cantado delante de ella, ni siquiera sabía poseer eso que llaman voz; pero animada cada vez mas, reforzaba las notas y las atacaba enérgicamente; mi sentimiento estaba excitado por la sorpresa de Alejandra Mikailowna, sorpresa que yo notaba en la manera con que arpegiaba cada acompañamiento. Finalmente, acabé el trozo con tanto entusiasmo y vigor, que me cogió por el brazo y me miró con transporte.

—¡Pero Ana, (1) tienes una voz maravillosa!
—exclamó.—¡Cómo no me había percatado!

(1) Netotchka en ruso.—*N. del T.*

—¡Es que yo acabo de advertirlo ahora!
—contesté.

—¡Dale gracias á Dios, hija querida! ¡Dale gracias por ese dón! ¿Quién sabe? ¡Ah, Dios mío, Dios mío!

Estaba tan conmovida por aquel descubrimiento, y tan entusiasmada, que no sabía qué decirme ni cómo acariciarme. Fué un momento de embriaguez, casi de entera franqueza y de ardiente fantasía, como hacía tiempo que no lo habíamos tenido. Aquella gran alegría tomó las proporciones de una fiesta. Se envió por Bouvarov. Esperándole abrimos al azar otra ópera que conocía más y empecé á cantar una romanza. Esta vez la timidez me hacía temblar, y temblaba de echar á perder lo ganado con un fracaso. Pero bien pronto mi misma voz me dió valor y me sostuvo. Yo misma estaba sorprendida de su fuerza y de su extensión. Esta segunda experiencia disipó todas las dudas. En su exaltación y su impaciencia, Alejandra Mikailowna envió á buscar á su marido, sus hijos y aun á las criadas; ella en persona fué á buscar á su marido y le hizo salir de su gabinete, cosa á que no se hubiera atrevido en otra ocasión cualquiera. Peters Alejandrowitch recibió la noticia con benevolencia, me felicitó y aseguró que me haría trabajar. Alejandra, llena de reconocimiento le besó las manos, como si su marido le hubiese acordado un gran beneficio.

Por fin llegó Bouvarov. El viejo artista se mostró muy satisfecho. Me quería mucho. Se acordaba de mi padre, de mi pasado; cuando hube cantado delante de él dos ó tres veces, declaró con aire grave, preocupado, casi misterioso, que yo estaba admirablemente dotada y que tenía talento musical; según su opinión, se imponía el buscarme maestro. Después, repentinamente, imaginando, sin duda, que podía ser peligroso complimentarme demasiado en los principios, ambos parecieron volver sobre lo dicho; se hicieron signos de inteligencia, y toda la conversación que se siguió, dirigida contra mi amor propio, fué singularmente desmañada é inocente. Yo me reía interiormente al oírlos, después de cada melodía, esforzándose en disimular sus impresiones y buscar defectos que exageraban de intento. Pero no pudieron sostener mucho tiempo su papel. Bouvarov fué el primero que se olvidó, y su placer le humanizó mal de su grado. Jamás hubiera sospechado que me tuviese tanto cariño. Toda la velada transcurrió en afectuosa y amigable conversación. Bouvarov nos contó un sin fin de anécdotas sobre los cantantes y los artistas célebres; sus relatos tenían la vehemencia peculiar de los artistas cuando hablan de sus venerados maestros.

Después de haber recordado á mi padre, se habló de mí, de mi infancia, del príncipe. de toda su familia, de la cual yo no había

tenido noticias desde nuestra separación; igual le ocurría á Alejandra Mikailowna hacía ya mucho tiempo. Bouvarov había estado varias veces en Moscou y pudo darnos algunos detalles. Aquí la conversación tomó un tono misterioso, y dos ó tres circunstancias que afectaban al príncipe fueron para mí letra muerta. La joven preguntó al gran músico acerca de Katia, pero, ó no sabía nada, ó no quiso decirlo. Esto me extrañó. Yo no había olvidado á Katia; mi afección por ella no había decaído, y jamás pensé que pudiera haber un cambio en los sentimientos de aquella niña. Yo no tenía en cuenta ni nuestra separación, ni los años que habíamos vivido lejos la una de la otra sin cambiar ninguna noticia; ni de la diferencia de nuestros caracteres y nuestra educación; la amaba como antes. En mis fantásticos ensueños, nos paseábamos cogidas del brazo; yo me figuraba ser la heroína de cada una de las novelas que me forjaba, y siempre ponía á mi lado á la princesita, mi amiga.

El consejo de familia había decidido que se me designase un profesor de canto. El más conocido y acreditado nos fué recomendado por Bouvarov. Al siguiente día, el profesor italiano D... se presentó en casa, me sometió á una prueba, y se mostró tan entusiasmado como el ilustre músico. Después de haber reflexionado, estimó que sería más provechoso para mí ir á tomar las lecciones

á su casa con los demás discípulos, pues así el sentimiento de emulación me haría progresar más rápidamente, y además encontraría en su casa todo cuanto fuese necesario para mis estudios. Alejandra Mikailowna consintió en ello, y tres veces á la semana, acompañada por una sirvienta, tomaba el camino del Conservatorio.

Por la misma época tuvo lugar un pequeño acontecimiento que produjo en mí una violenta impresión, y que marcó mi entrada en la adolescencia.

Tenía entonces dieciséis años cumplidos. Me invadía una apatía indefinible; era la reacción natural de los fogosos arrebatos que habían precedido á aquel período. Era constantemente presa de una angustiosa calma del todo insoportable.

Mis ilusiones cayeron, una á una, no precipitadas por las circunstancias, sino porque perdía la fuerza de exaltación capaz de sostenerlas. Una fría indiferencia vino á remplazar mis antiguos entusiasmos de niña inexperimentada. El arte mismo, que amaba tanto, mi arte, á quien todo el mundo había hecho tan buena acogida, no tenía ya para mí tan potentes atractivos. Nada me interesaba ya, hasta el punto de que la misma Alejandra Mikailowna me inspiraba enojo, y esto me hacía padecer. Súbitas desesperaciones, crisis de lágrimas rompían de vez en cuando la monotonía de este estado intolerable. Buscaba la soledad. En este ex-

traño momento una casualidad vino á desencadenar en mi alma una tempestad y convirtió aquella vaga inquietud en un verdadero huracán. Mi corazón sufrió un trastorno.

XXIII

Un día penetré en la biblioteca y jamás olvidaré los detalles de aquella aventura; cogí una novela de Walter Scott: *La Linda joven Pesth*, la única obra de este autor que no había leído aún. Recuerdo que tenía el corazón apretado, como atormentado por un presentimiento.

La pieza estaba aclarada por los rayos oblicuos del sol poniente, cuyas ondas luminosas se deslizaban á través de las altas ventanas y venían á herir el pavimento. El silencio era completo. En las piezas contiguas no había un alma. Peters Alejandrowitzch había salido, y Alejandra Mikailowna, enferma, estaba acostada. Me puse á llorar no pudiendo resistir mas mi agitación. Habiendo abierto la segunda parte del libro, lo hojeaba distraídamente, ensayando darle un sentido á las frases que pasaban por delante de mis ojos. Parecía que buscaba una predicción de mi suerte, como se hace abriendo un libro al azar. En ciertos momentos todas las fuerzas intelectuales y morales se tienden mórbidamente como si una luz viva

iluminase de repente la conciencia, como si alguna visión profética se impusiese al alma conturbada; ésta sufre y languidece esperando alguna cosa misteriosa; animada de una candente esperanza, se aferra en su aspiración á la vida.

Yo estaba en esta disposición particular.

Cerré el libro expresamente para abrirlo de nuevo al azar y buscar allí mi horóscopo; leía luego la página que se presentaba.

Pero sucedió que hojeando encontré un papel escrito, doblado en cuatro dobleces, y comprimido como si estuviese olvidado allí mucho tiempo. Examiné curiosamente mi hallazgo. Era una carta sin dirección, firmada con las iniciales S. O.; abrila. Las páginas, mejor dicho, los dobleces, casi pegados los unos á los otros, habían dejado, sobre las hojas amarillentas del libro, una huella blanca; los cantos estaban gastados. Se adivinaba que aquella carta había sido leída con frecuencia y guardada cuidadosamente; la tinta, descolorida, azuleaba; parecía datar de mucho tiempo. Algunas palabras llamaron mi atención. Mi corazón latía violentamente.

Dí algunas vueltas á aquel papel entre mis manos, como si dudase en leerlo. Me acerqué á la ventana... sí, las lágrimas habían dejado huellas sobre las palabras medio borradas. ¿De quién eran aquellas lágrimas?

Ansiosa leí la mitad de la primera página. Un grito de asombro se escapó de mi pecho.

Puse el libro en en su sitio, cerré el armario, y escondiendo la carta debajo de mi *fichú* corí á mi cuarto y me encerré en él. Empecé á leer, pero mi corazón latía con tanta violencia que los caracteres saltaban y parecían entregados á una danza diabólica. Durante algunos intervalos no pude comprender nada. Pero por fin descubrí el principio del misterio, comprendiendo á quién estaba dirigida la carta. Yo sabía que era un crimen leer aquellas líneas, pero la tentación era más fuerte que mi voluntad. La carta había sido escrita á Alejandra Mikailowna.

Eran algunas palabras de adiós; de un adiós eterno. Después de haber leído esta carta me sentí presa de un gran sentimiento, como si fuese yo la que acababa de perderlo todo, como si me hubieran arrancado para siempre mis ensueños y mis esperanzas, como si únicamente me hubiesen dejado la vida, de la cual ya no tenía necesidad. ¿Quién era el autor de aquella carta? ¿Cuál había sido la vida de la joven? Aquellas líneas contenían hechos y alusiones sobre las cuales no podía uno engañarse. Pero al mismo tiempo había problemas en medio de los cuales me perdía. Poco á poco, sin embargo, fuí comprendiendo. Además, el estilo sugería muchas ideas y revelaba el carácter de aquellas relaciones cuya ruptura había destrozado dos corazones. En fin, á través de las líneas se leían claramente los pensamientos y los sentimientos del que la

había escrito. La carta decía así, pues yo la copié palabra por palabra:

«¡No me olvidarás nunca! Así lo has dicho y yo te creo, y desde este día toda mi vida está dentro de esas palabras. Es preciso que nos separemos; ha sonado la hora. ¡Yo lo sabía desde hace mucho tiempo, mi dulce y triste beldad! Pero solamente hoy lo he comprendido. Durante todo *nuestro* tiempo, el tiempo en que tu me amabas, mi corazón se estrujaba y sangraba pensando en nuestro amor. ¿Podrás creerme? ¡Ahora sufro menos! ¡Todo debía terminar así; era nuestro destino, yo lo sabía! Alejandra: nosotros no éramos *iguales*, y siempre he pensado en esto, *¡siempre!* Yo no era digno de tí. Yo solo hubiera debido soportar el castigo de mi dicha. Dime: ¿qué era yo para tí hasta el día en que me has comprendido? ¡Dios mío! Han transcurrido dos años y aún no comprendo por qué me has amado; ¡por qué *tú* me has amado á *mi*! ¿Cómo hemos llegado á esa locura? ¿Recuerdas lo que yo era en comparación tuya? ¿Te equivalía? ¿Podía ni siquiera serte comparado? ¿Qué es, pues, lo que te ha hecho preferirme, puesto que nada me distinguía de los demás? Antes que tu mirada y tu sonrisa hubiesen iluminado mi vida, yo era sencillo y vulgar, mi aire era triste y taciturno; no deseaba más vida que la mía: no obstante ser tan mediocre, no pensaba más allá de ella, ni quería pensar tampoco. Tú

me arrojaste al camino y yo me sometí; consideraba mi labor cotidiana como la cosa más importante del mundo. Mi única preocupación era el mañana, y aun este me dejaba indiferente. Antes, hace ya mucho tiempo, aspiraba á la dicha y soñaba como un imbécil. Pero después transcurrieron muchos días y empecé á vivir solitario, grave, ensimismado, no sintiendo ni siquiera el frío que helaba mi corazón aletargado.

»Sabía, y me había conformado, que jamás luciría para mí un sol más benéfico.

»Estaba convencido de antemano y no me lamentaba; *porque ello debía ser así*. Cuando tú me apareciste, jamás creí que me atrevería á levantar mis ojos hasta tí. Estaba ante tí como un esclavo. Y sin embargo, mi corazón no temblaba, no languidecía, no te había presentido; dormía aún. Y aun cuando mi alma encontrase la serenidad cerca de su radiante hermana, no adivinaba la tuya.

»Y cuando lo supe todo, ¿te acuerdas? ¡Después de aquella velada, después de aquellas palabras que me trastornaron, me consideré perdido! ¡Anonadado, todo se confundía dentro de mí... ¿y lo creerás? en lugar de transportarme, tenía tan poca confianza en mí mismo, que no comprendí nada! Jamás he querido decir esto.

»Si hubiera podido, si me hubiera atrevido, hace tiempo que te lo hubiese confesado. Pero callé. Hoy te lo digo todo para que

no enrojecas á mi recuerdo, para que conozcas al hombre de quien te separas. ¿Sabes cómo te veía primeramente? La pasión me había invadido como una llama; penetró en mi sangre como un veneno; confundió todos mis sentimientos y todos mis ensueños; estaba embriagado y respondía á tu puro amor *compasivo*, no como de igual á igual, no como un ser merecedor de tu cariño, sino como un deseo desenfrenado y sin conciencia. Yo no te había comprendido. Yo te correspondía como á una mujer que *descendía hasta mí*, no como á la mujer que quería levantarme hasta ella. ¿Sabes qué sospechaba de tí? ¿Sabes qué quiere decir ese *descendía hasta mí*? ¡No... no te ofenderé explicándotelo! ¡Únicamente te diré que te has equivocado por mi cuenta! ¡Jamás, jamás hubiera podido elevarme hasta tí! Aun contemplándote de lejos con adoración infinita, cuando hube penetrado tus nobles sentimientos, tal sacrificio no era con mucho suficiente para borrar mis entuertos para contigo. Mi pasión hacia tí no era un verdadero amor. Temía al amor. En el amor hay mutualidad, igualdad, y yo no era digno... é ignoraba lo que experimentaba. ¡Oh! ¿Cómo te diría esto para que me comprendieses?... Si te acuerdas, cuando se calmó mi primera agitación, cuando no quedó en mí más que un sentimiento puro... ¡cuáles no fueron mi asombro, mi confusión, mi temor! Recordarás también que me eché

llorando á tus plantas y que tú me preguntaste, casi asustada, el motivo de aquella desesperación sombría... No pudiéndote responder, guardé silencio. Pero mi alma se desgarraba, la dicha me abrumaba como un fardo pesado, y mis sollozos gritaban dentro de mí. ¡Cómo he merecido tamaña felicidad! ¡Oh, hermana mía, hermana mía! ¡Cuántas veces—siempre lo has ignorado—cuántas veces he besado tu vestido, á escondidas, convencido de mi indignidad. La respiración me faltaba; mi corazón latía lentamente y con fuerza, como si quisiera detenerse y morir dentro de mi pecho, convertido en una hoguera. Cuando cogía tu mano, palidecía y temblaba. La pureza de tu alma me sumía en gran embarazo. ¡Oh! ¡No puedo contártelo todo, todo lo que se amontonó en mí!... ¡Y tendría tanto placer en hacerlo! ¿Sabes que tu ternura y tu compasión me han sido algunas veces muy dolorosas? Cuando me diste aquel beso (el único en tu vida—y su recuerdo es para mí una eternidad—) una nube pasó por mis ojos y sentía que mi alma se fundía. ¡Por qué no caí á tus pies en aquel instante? Te *tuteo* por la primera vez, aun cuando me lo permitiste hace tiempo. ¿Comprendes lo que quiero decir? ¡Quiero decírtelo todo! Te diré que me has amado mucho, como una hermana ama á su hermano, como á tu propia creación, pues habías resucitado mi corazón, despertado mi espíritu, y derramado

en todo mi ser un bálsamo de esperanza... Pero entonces no me atrevía á hablarte así. No te llamé mi hermana, porque hasta hoy no fuí tu hermano. No éramos iguales. ¡Te has equivocado por mi cuenta!

»¡Ya lo ves, aun en este momento, en este terrible momento, sólo te hablo de mí, aun cuando sé que piensas en mí y que te atormentas por mí! ¡Oh! ¡No te inquietes, adorable amiga! ¿Si supieras cuánto he descendido á mis propios ojos!

»¡Y cuánto ruido ha hecho el descubrimiento de todo esto! ¡Te rechazarán por mi causa, te despreciarán, se reirán de tí, pues yo soy bajo á los ojos del mundo! ¡Qué culpable me siento por ser indigno de tí! ¡Si al menos hubiese demostrado algún valor, si me hubiese hecho estimar, te hubieran perdonado! Pero soy bajo, nulo, ridículo, y después del ridículo no hay nada más. ¿Y por qué tanto escándalo? Empezaron á gritar y perdí la serenidad. ¡He sido siempre tan débil! ¿Sabes tú mi situación en este momento? Me burlo de mí mismo, creo que dicen la verdad, que soy ridículo, y me odio. ¡Sí, odio mi rostro, mi ser entero, mis hábitos, mis vulgares modales... y siempre los he odiado! ¡Oh! Perdona mi grosera desesperación y ten en cuenta que tú me has enseñado á ser sincero. ¡Yo te he perdido! He atraído sobre tu cabeza la animosidad y la chacota del mundo por el sólo hecho de ser indigno de tí. Y este pensamien-

to me tortura; este pensamiento hiere, desgarrar y lacera mi corazón. ¡Tú no has amado—creo—al hombre que había realmente en mí, te has equivocado! Sufro por esto. ¡Y esto me perseguirá hasta la muerte, y me llevará á la locura!

»¡Adiós, pues, adiós! Hoy que todo se ha descubierto, hoy que todo el mundo hace oír sus clamores y sus cambalages (que he oído), hoy que he descendido á mis propios ojos, avergonzado de mí, avergonzado porque me elegiste, hoy que estoy maldito, se impone mi huída, para tu descanso, para tu tranquilidad... ¡Se impone y no me verás ya nunca! Es preciso. Yo era demasiado dichoso; mi destino se ha desvanecido; pero repara su error arrebatándome lo que me había dado. Nos unimos al comprendernos, y hoy comprendiéndonos, nos separamos... ¿Nos encontraremos alguna vez? ¿Dónde y cuándo? ¡Oh, dí... *mía!*... ¿dónde nos encontraremos? ¿Dónde te veré? ¿Y cómo te reconoceré? ¿Me reconocerás tú, acaso? Toda mi alma está llena de tí. ¡Oh! ¿Por qué... por qué tamaño infortunio sobre nosotros? ¿Por qué esta separación? ¡Explícamelo; yo no lo comprendo, no lo comprenderé jamás, no quiero comprenderlo! ¿Crees tú que pueda hacerse una vida de dos existencias, arrancarse el corazón sin morir?... ¡Oh! ¡Cuando pienso que no te he de ver jamás, jamás, jamás!...

»¡Dios mío! ¡Y qué coléricas voces ha lan-

zado el mundo! ¡Qué miedo siento ahora por tí!... He visto a tu marido. Somos indignos de él, aun no siendo culpables. Lo sabe todo, hace mucho tiempo. Se ha puesto heroicamente á tu lado; él te salvará, él te defenderá contra los prejuicios y los anatemas del público. Te ama, aprecia tus sentimientos, será tu paladín... ¡en tanto que yo huyo!

»Me precipité sobre él; quise besarle la mano... Me ha aconsejado que parta enseguida. Es cosa decidida. Se asegura que ha tenido algunos rozamientos por tu causa.

»Todo el mundo le critica. Le echan en cara su debilidad y aun su connivencia. ¡Dios mío! ¡Qué dirán todavía? Ellos ignoran, no pueden saber, son *incapaces de comprender*. Perdónales, perdónales, santa mía, como les perdono yo. ¡Me han ofendido más que á tí!

»No sé lo que te escribo. ¿De qué te hablé ayer, después de nuestro postrer adiós? Lo he olvidado todo. Estaba fuera de mí. Tú, llorabas... ¡Perdóname estas lágrimas... soy tan débil, tan cobardel!...

»Quería decirte algo todavía... ¡Oh! ¡Mojar una vez mas tus manos con mi llanto, como mojo esta carta! ¡Arrojarme una vez más á tus pies!... ¡Si ellos supiesen cuán puro era tu sentimiento! Pero son ciegos.

»Su corazón es orgulloso y altanero.

»No verían ni comprenderían.

»No te creerían inocente, aun cuando to-

do lo que vive en la tierra jurase que no eres culpable. Y además, ¿es cuestión esta al alcance de su inteligencia? Pero... ¿quién osará tirarte la primera piedra? ¡Oh! ¡Eso no les embarazará mucho, pues ya saben la manera de reunir muchas piedras para arrojarlas en montón! ¡Si pudiéramos decirlo todo, sin ocultar nada, para que viesen, para que comprendiesen, y para que se convenciesen de nuestra sinceridad!

»¡Pero no... no son tan malos!... ¡En este momento estoy desesperado y quizá los calumnie! ¡Te asusto con mis terrores! ¡Nada temas, *mía!* ¡Te comprenderán! ¡Te han comprendido ya... tu marido... espera!

»¡Adiós... adiós! ¡*No te doy las gracias!* ¡Adiós para siempre!

S. O.»

Quedé aturdida sin comprender lo que pasaba en mí. Un terror me abrumaba. La realidad venía á sorprenderme como un rayo en medio de la soñadora existencia que llevaba hacía tres años. El misterio que tenía entre las manos me encadenaba para toda la vida. ¿Cómo? No me puedo explicar todavía; pero sentía que una nueva existencia empezaba para mí. Desde aquel día entré en un mundo que las personas que me rodeaban me habían disimulado, ocultado cuidadosamente... ¿Qué disturbio iba yo á llevar en la vida de mis bienhechores, yo, extraña, á quien nadie pedía nada? ¿Adónde

me llevaría la casualidad que me había entregado aquel secreto? ¿Qué sabía yo? Quizá mi nuevo papel iba á ser tan insoportable para mí como para ellas. Me era imposible callar y guardar para siempre en mi corazón lo que acababa de descubrir.

Trascurrieron varios días. Uno de ellos Alejandra Mikailowna me envió al despacho para preguntar á Peters si quería tomar el té con nosotros.

En la habitación no había nadie. Ocurrióseme mirar un retrato de Peters Alejandrowitch colgado en la pared, en el cual no llevaba anteojos. No sé qué expresión de falsedad é hipocresía ví en aquellos ojos. Un pequeño frotamiento sentí detrás de mí. Volví la cabeza y halléme con Peters, que me miraba atentamente. Me pareció que enrojecía. Mi cara ruborizóse también:

—¿Qué hace usted aquí?—me preguntó severamente.—¿Por qué está usted aquí?

No supe qué responder. Reponiéndome un tanto le transmití penosamente el recado de su mujer. No recuerdo lo que me respondió, ni cómo salí del despacho. Pero cuando llegué al lado de Alejandra Mikailowna, dije, al tum-tum, que iba á venir.

—¿Pero qué tienes, Netotchka? ¡Estás encarnada! ¿Qué tienes?

—No sé... he venido corriendo—respondíla.

—¿Pero que has dicho á Peters?—insistió con visible embarazo.

Guardé silencio.

En este momento se oyeron los pasos de Peters Alejandrowitch y yo me retiré precipitadamente.

Yo no podía comprender lo que experimentaba. Lágrimas de despecho llenaban á cada momento mis ojos. Conocía que odiaba al marido de Alejandra Mikailowna, pero al mismo tiempo desesperaba de mí misma. Esta perpetua agitación me ponía seriamente enferma. No era ya dueña de mí misma. Alejandra Mikailowna pasó un gran rato cuidándome como á su propia hija.

Pero sus cuidados me entristecían, sus caricias me eran penosas; bien pronto la supliqué que me dejase sola. Salió muy sorprendida. Por fin mi disgusto se disipó después de haber derramado un torrente de lágrimas. Por la noche me hallaba mejor.

Y me hallaba mejor porque había tomado la resolución de ir en busca de Alejandra, de arrojarme á sus pies, de devolverle la carta y de confesárselo todo: mis torturas, mis dudas. Comprendía su pena; pero mi corazón se hinchaba de indignación al pensamiento de que ella pudiese enrojecer en mi presencia... ¡Pobre *mía!* ¿Serás acaso una pecadora?

He aquí lo que quería decirle llorando á sus pies. Una inmensa necesidad de justicia me poseía y una especie de delirio guiaba mis resoluciones.

Una casualidad impidió esta explicación.

Cuando me dirigía á las habitaciones de Alejandra Mikailowna, encontré á Peters Alejandrovitch, que pasó por delante de mí sin fijarse. Me detuve, como enclavada en el suelo. Era el último que hubiese creído en contrar en semejante momento. Iba á retirarme, pero la casualidad me retuvo. Detúvose un momento delante del espejo, se alisó los cabellos, con gran asombro mío, y le sentí tararear una canción.

Parecióme que cambiaba de fisonomía; cuando menos yo le había visto una sonrisa en el momento en que se acercó al espejo. No le conocía aquella sonrisa, pues nunca rió delante de su mujer.

Cuando le oí canturrear—¡él cantar!—quedé estupefacta, herida como si un clavo me hubiese traspasado el corazón. Mis nervios se encogieron y estallé en tal risotada que el desgraciado cantor lanzó un grito, retrocedió vivamente, y pálido, semejante á un criminal cogido en flagrante delito, miróme con aire extraviado y lleno de cólera. Aquella mirada me hizo perder la cabeza y continué riendo nerviosamente. Pasé por delante de él del mismo modo y entré tranquilamente en la habitación de su mujer. El se quedó detrás del portier, vacilante. Parecíame que no entraría y no entró, en efecto.

Al verme, Alejandra Mikailowna me miró luengamente con aire de profunda estupefacción y me preguntó qué me había pasado. No supe qué responderle. Comprendió por

fin que yo no estaba buena y me examinó con inquietud.

Yo tomé sus manos y las cubrí de besos. Comprendí en este momento cuánto mal le hubieran hecho mis explicaciones dichosamente detenidas por mi encuentro con su marido.

Peters Alejandrowitch entró entonces. Le miré. Estaba grave y taciturno como siempre y afectaba no recordar lo que había pasado. Pero en su palidez y en un ligero estremecimiento de sus labios, reconocí que hacía grandes esfuerzos para disimular su turbación.

Saludó á su mujer en silencio y con aire frío, y se sentó. Cuando alargó la mano para coger su taza de té, ví que aquella mano temblaba. Esperé una explosión.

Se me ocurrió la idea de salir, pero no pude decidirme, notando la palidez y el espanto de Alejandra Mikailowna. Esta esperaba, sin duda, algo anormal y terrible. En fin, la tempestad que yo presentía, estalló.

En medio de un profundo silencio, mis ojos, por casualidad, encontraron las gafas de Peters Alejandrowitch fijas en mí. Extremécíme y bajé la cabeza. Alejandra Mikailowna notó mi malestar.

—¿Qué tiene usted? ¿Por qué enrojece usted?—dijo Peters con un tono brutal y seco.

Guardé silencio; mi corazón latía tan violentamente que no pude pronunciar una palabra.

—¿Por qué ha enrojecido? ¿Por qué se ruboriza á cada momento?—continuó dirigiéndose á su mujer y designándome con una mirada insolente.

La indignación me anudó la garganta. Dirigí una súplica á Alejandra, y sus pálidas mejillas se inflamaron.

—Vete á tu cuarto, Ana—dijo con voz firme.—Dentro de un rato iré á reunirme contigo y pasaremos la velada juntas.

—Yo pregunto: ¿me ha comprendido usted?—continuó Peters como si no hubiese oído á su mujer.—Pregunto por qué se ruboriza usted cada vez que me encuentra. Responda usted.

—Porque la obliga usted á ello, y á mí también...—dijo Alejandra con voz entrecortada por la emoción.

Miré con sorpresa á Alejandra Mikailowna. No pude comprender su vivacidad.

—¿Yo hago enrojecer á usted? ¿Soy yo?... —exclamó Peters Alejandrowitch recalcando la frase—¿Yo! ¿Por mi causa se ruboriza usted? ¿Acaso puedo yo hacerla ruborizar á usted! ¿Lo ha pensado usted bien?

¡Cuán claras eran aquellas frases para mí! Habíalas acompañado con una sonrisa tan irónica y dicho con tan rudo tono, que lancé un grito y me precipité hacia Alejandra Mikailowna.

La sorpresa, la estupefacción, el reproche se pintaron sucesivamente en el rostro mortalmente pálido de la pobre mujer.

Miré á Peters Alejandrowitch uniendo mis manos en actitud de súplica. Pareció comprender que había ido demasiado lejos. Pero la rabia que le había dictado aquellas palabras parecía no haber desaparecido aún. Sin embargo, mi silenciosa súplica lo dejó confuso.

Mi gesto le decía claramente que yo no ignoraba el sentido de sus palabras.

—¡Ana, déjenos usted solos!—dijo Alejandra con voz débil pero segura.—Tengo precisión de estar sola con Peters.

Parecía tranquila, pero á mí me inspiraba más cuidado aquella aparente calma que una violenta agitación. Hice como que no comprendía y me quedé allí.

Esforzéme en leer sobre la fisonomía de la pobre mujer lo que pasaba en su interior.

—¡Vea usted su obra, señorita!—dijo cogiéndome las manos y designándome á su mujer.

Salí profundamente emocionado y estuve un día sin ver á Alejandra, la cual parecía tratarme con bastante frialdad.

Por la tarde, aprovechando un momento de sosiego, entré en la biblioteca y me puse á elegir en los armarios un libro cualquiera para leer á Alejandra Mikailowna.

Llevada por una invencible obsesión, volví á cojer la carta fatal, y depositándola sobre el libro dejé volar mi fantasía á su arbitrio. De repente me estremecí de es-

panto. Sentí detrás de mí *la voz tan conocida* y una mano se apoderó de la carta, que pude cojer á tiempo nuevamente.

Un temor inmenso me asaltó de pronto. Comprendí que aquel hombre trataría de apoderarse á viva fuerza de aquella carta, y desvanecida, sin saber lo que hacía, corrí á las habitaciones de Alejandra.

Peters, mortalmente pálido, entró detrás de mí. Hubo un silencio de algunos instantes.

—¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado?—preguntó por fin la pobre mujer.

—Yo me precepité en sus brazos.

—¡Ana! Dime lo que ha ocurrido—dijo Alejandra espantada.

—No, permítame usted primero—dijo Peters Alejandrowitch, apartándome de los brazos de Alejandra y conduciéndome en medio de la sala.—Póngase usted ahí. Quiero que la que le ha servido de madre la juzgue á usted.

—¡Dios mío! ¿Qué pasa?—exclamó Alejandra mirándonos alternativamente á su marido y á mí.

En una palabra, usted va á juzgar conmigo. Tiene usted entre otras ideas absurdas, no sé por qué, ésta también; ayer aún, por ejemplo, pensaba usted y decía... Pero, no sé como explicarme, pues me avergüenzan sus suposiciones. Quiero, pues, decir delante de ella que usted...

—¡Oh! ¡usted no dirá eso... no, no lo

dirá usted!—exclamó Alejandra en el colmo de la inquietud y roja de vergüenza.— ¡Perdóneme usted todavía una vez... estoy enferma! ¡Sí... debe usted perdonarme! Anita... vete. ¡Bromea solamente!

—En una palabra, usted tenía celos de ella por mi causa—concluyó Peters Alejandrowitch arrojando sin piedad estas palabras sobre aquel pobre corazón.

Alejandra lanzó un grito.

—¡Dios perdone á usted!—balbuceó.— Perdóname en su nombre, Ana, perdónanos. Yo soy la culpable; pero estoy muy mala.

—¡Pero esta es la tiranía más vergonzosa, más vil y más innoble que se ha conocido!—exclamé fuera de mí comprendiendo su fin porque trataba de humiliarme de aquella manera ante los ojos de su mujer.—¡Usted olvida, caballero!...

—¡Ana!—imploró Alejandra espantada reteniéndome por las manos.

—¡Comedia, comedia y nada más!—dijo Peters yendo hacia nosotros con inexplicable agitación.—Excúseme usted mi manera franca y brutal de explicarme... ¿está usted segura, Alejandra, de la buena conducta de esta señorita?

—¡Dios mío! ¿Qué tiene usted? ¡Peters!... ¡qué es eso!

—Digo que si tiene usted noticias sobre la conducta de esta señorita, porque...

No le dejé terminar. Le cogí por la mano y le llevé aparte.

—Ni una palabra de la carta—le dije rápidamente, en voz baja.—La mataría usted instantáneamente. Los reproches que usted me hiciera irían á herirla á ella. Ella no puede juzgarme, porque lo sé *todo*...

Miróme fijamente, con ardiente curiosidad, y pareció confuso. La sangre se agolpó á sus mejillas.

—¡Lo sé *todo!*—repetí.

Vacilaba todavía; una pregunta pendía de sus labios, pero le tomé la delantera.

—Voy á contar lo que ha pasado—díjele á Alejandra que nos observaba con creciente inquietud.—Soy culpable, en efecto. Hace cuatro años que os estoy engañando. Recogí la llave de la biblioteca y desde entonces leo sin que supiéseis nada. El señor Peters me ha sorprendido leyendo un libro que no debía ser leído por mí. Por exceso de celo, ha exagerado el peligro... No me defiendo; he delinquido. La tentación era fuerte y temía confesar...

—¡Oh! ¡Qué bien... perjeñado!—díjome Peters en voz baja.

Alejandra Mikailowna me oyó con profunda atención. Su rostro expresaba una evidente duda. Quedóseme mirando fijamente.

—Netotchka, hija mía—dijo por fin,—sé que eres incapaz de mentir. ¿Es todo eso, todo?

—¡Todo!—respondí.

—¿Es eso?—preguntó á su marido.

—¡Sí... todo...—dijo él con esfuerzo soberano—todo eso!

Respiré libremente.

—¿Palabra de honor, Ana?—insistió Alejandra.

—Palabra—contestéla sin vacilar. Pero Peters no pudo evitarse un acceso de risa nerviosa y la pobre Alejandra Mikailowna no pudo impedir tampoco que una pena inmensa se pintase en su rostro.

—¡Vamos! — dijo tristemente, — ¡quiero creerlos! ¡Es preciso que os crea!

—¡Y creo que tales testimonios son suficientes ya!—respondió Peters.

Alejandra no respondió. La escena era más penosa cada vez.

—No puedo penetrar lo que hay entre vosotros—dijo por fin,—perosi *sólo es eso*—añadió esforzándose en darle relieve á la frase,—si *sólo es eso*, no sé por qué hemos de afectarnos de tal modo. ¿Juzgarla? ¡Dios me libre! Conozco á mi hija adoptiva; su corazón es puro y noble; yo sé que en esta cabecita tan linda—y me acariciaba como una madre--hay un cerebro sano y de sano criterio... ¡Vamos, amigos míos; hay otra cosa que me ocultáis en el fondo de vuestra tristeza! Mi pobre inteligencia enferma puede sospechar mil cosas... pero vosotros debéis disipar mis dudas.

Peters se detuvo un momento indeciso, pero de repente:

—¡Atrás, atrás!—gritó arrancándome de

los brazos de Alejandra.—¡No permito que se acerque usted á mi mujer! Pero... ¿quién me hará callar cuando es necesario que hable?—añadió pateando de coraje.—¡Ignoro, señorita—dirigiéndose á mí—lo que usted *puede saber*, de lo que usted hablaba en son de amenaza, de lo que no quiero saber...

—¡Silencio!—dije arrojándome á sus pies. ¡Por el cielo, silencio!

—Diré...

—¡En nombre de Dios, ni una palabra!

¡Ni aun así! Lo que tenía esta señorita en las manos... no era un libro más ó menos peligroso... era una carta amorosa.

—¡Eso no puede ser!—balbuceó Alejandra.

—¡La he visto, señora! ¡Mirela usted la cara!

—¡Netotchka!...—gritó abalanzándose á mí.—¡Pero no hablo... no hablo! ¡Dios mío... Dios mío! ¡Yo sé lo que es eso... yo lo sé! Y se deshacía en llanto.

Y Peters Alejandrowitch:

—¡Responda usted!... ¿No la he sorprendido á usted con una carta entre las manos?

—¡Sí!...—respondí sofocada por la emoción?

—¿Carta de su novio?

—Sí.

—¿Con el cual tiene usted relaciones?

—¡Sí, sí, sí!—respondí perdida definitivamente y dispuesta á condenarme á cualquier precio.

—¿Lo ves, alma crédula?—dijo tomando una mano á su esposa; y luego dirigiéndose á mí:—La situación es clara; desde mañana, señorita, dejará usted de vivir en mi casa

—¡Basta!—exclamó Alejandra Mikailowna, levantándose.—¡No creo una palabra de todo eso! A quien he de juzgar es á usted... Anita, dame tu mano. Todos somos culpables... ¿quién de nosotros puede rechazar á un culpable? Dame tu mano, querida hija; valgo menos que tú... soy menos virtuosa. Tu presencia no puede ofenderme; yo también... soy una *pecadora*...

—Señora—gritó Peters asombrado y furioso,—vuelva usted en sí... usted olvida...

—No olvido nada. No me interrumpa usted, déjeme usted hablar. Usted la ha sorprendido con una carta en las manos, la ha leído usted... ¿Sabe usted algo más para juzgar?

—¿Y qué quiere usted que sepa más? ¿No es bastante esto? ¡Se me acaba la paciencia! La cosa es clara, sin embargo...

—No tan clara... porque la cólera y el orgullo la ciegan á usted. Usted no sabe de lo que hablo ni lo que defiendo. No es el vicio. No; yo no defiendo el vicio y me apresuro á manifestarlo, si esto puede serle agradable. Si fuese esposa y madre y hubiese olvidado sus deberes, estaríamos conformes... Ya ve usted como no he perdido la cabeza. No; usted ha ofendido un alma vir-

ginal con sus groseras, sospechas, y eso es inhumano... Sí; es inhumano y cruel, y yo no le reconozco á usted en este momento y jamás le perdonaré...

—Basta, señora...—gritó Peters en el paroxismo del furor.—Sí; ya sé que hay pasiones platónicas, y lo sé por mi desgracia, señora. Unicamente he de decirle que esta niña saldrá de mi casa... y le recuerdo á usted que ya hace tiempo que tampoco debiera usted estar en ella.

Miré á Alejandra. Desfallecía agarrada á mí.

—¡Por favor!—grité arrojándome á las plantas de Peters.—¡Ni una palabra más!

Entonces Alejandra lo comprendió todo. Un grito débil exhaló de su pecho, y la desventurada cayó inerte sobre el respaldo.

—¡Acabó el drama!—dije yo.—¡La ha matado usted!

El medico llegó á tiempo para comprobar la defunción.

Yo entregué á Peters la carta base de tantas amarguras.

—¿Qué es esto?—murmuró estupefacto.

—Hace tres años encontré esta carta dentro de un libro. Creí que estaba allí olvidada, leíla y lo supe todo. Después la guardé no sabiendo á quién entregarla. ¿A ella? No podía. ¿A usted? ¿Pero estaba usted al cabo de esta triste historia?... ¿Por qué disimulaba usted? No lo sé... es un secreto para mí. Yo no puedo penetrar en su alma oscura.

Quizá quería usted tener un instrumento de tortura en sus manos. ¿Con qué objeto, con el de triunfar? Ya lo ha conseguido usted. Sus últimas sospechas, esa idea fija de un espíritu que se extingue, era la suprema queja de un corazón lacerado por el juicio único de un mundo con el cual se había usted ligado contra ella. ¡Usted, hombre orgulloso, egoísta, malo. ¡Adiós; ni una palabra más. Pero tenga usted cuidado... lo sé *todo*... ¡no olvide usted que lo he presenciado todo!

.
Dos años después, gracias á un incesante trabajo y á la protección del príncipe de X... pude entrar en el gran teatro de la ópera de San Petersburgo, donde obtuve los éxitos más lisongeros.

No volví á ver á Katia. Seis meses después de los terribles acontecimientos que acabo de contar, casó con el secretario de una embajada y vivió constantemente en el extranjero.

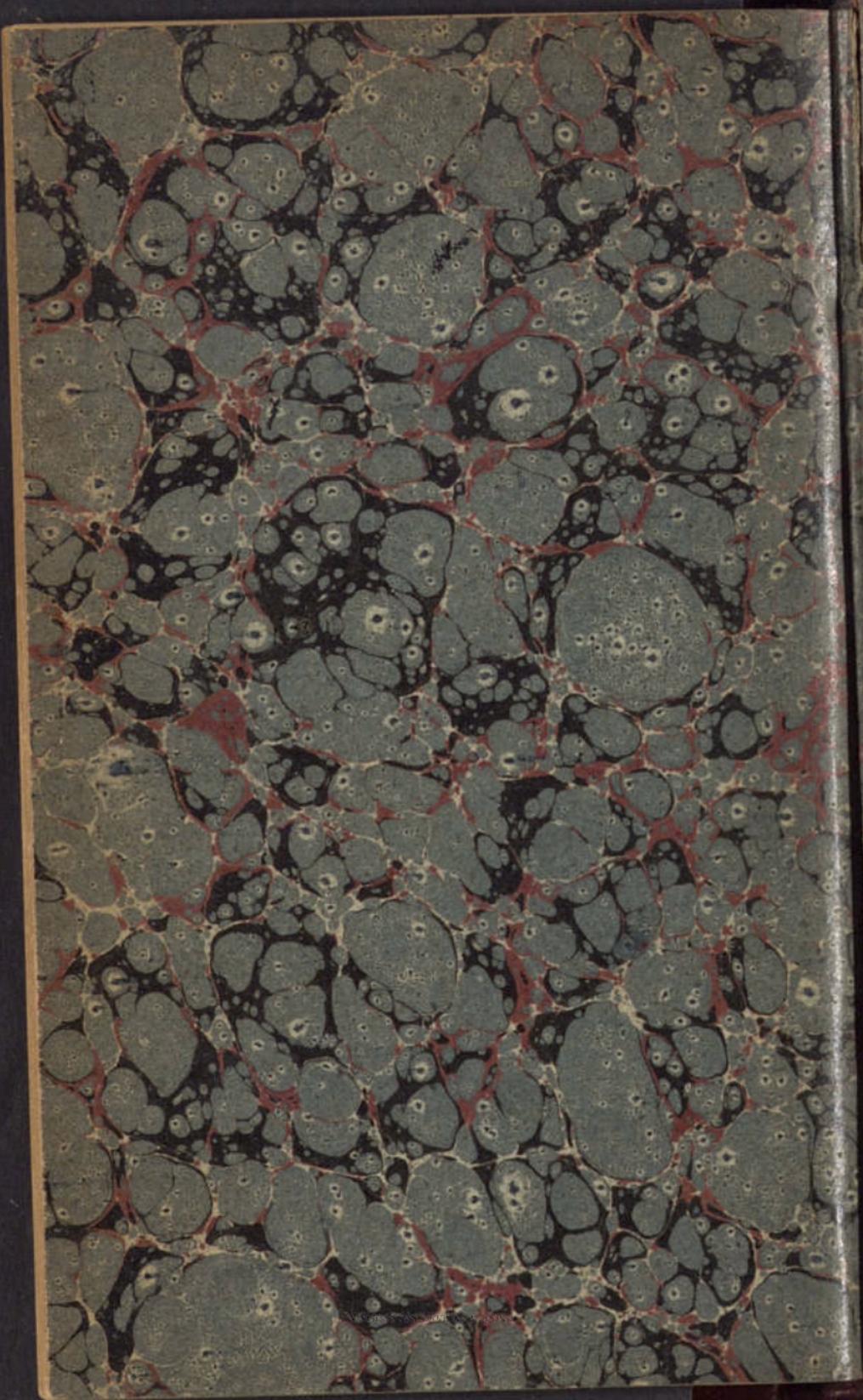
FIN.



COLECCIÓN REGENTE

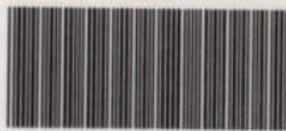
TOMOS PUBLICADOS Á 50 CENTS. VOLUMEN

- DE CARNE Y HUESO, por Eduardo Zamacois.
LA CONFESION DE CAROLINA, por Arsenio Houssaye.
PRIMER AMOR, por Ivan Tourgueneff.
LA QUERIDA HEBREA, por F. Champsaur.
UNA NOCHE DE CLEOPATRA, por Teófilo Gautier.
LA QUERIDA FALSA, por Honorato de Balzac.
BOHEMIA SENTIMENTAL, por Enrique Gómez Carrillo.
LA BELLA JULIA, por Arsenio Houssaye.
INCESTO, por Eduardo Zamacois.
UN CORAZON SENCILLO, por Gustavo Flaubert.
MARGARITA, por Arsenio Houssaye.
MAGDALENA FERAT, por Emilio Zola (2 tomos).
LA NOVELA DE TODAS LAS MUJERES, por Murger.
PUNTO-NEGRO, por Eduardo Zamacois (2 tomos).
LAS HIJAS DEL FUEGO, por Gerardo de Nerval.
FELICIDAD, por Emilio Zola.
MAGDALENA, por Julio Sandeau.
DOS MUJERES, por Adolfo Belot.
L'ASSOMMOIR (LA TABERNA), Emilio Zola (3 tomos).
NANA, por Emilio Zola (3 tomos).
LOS AMORES DE OLIVERIO, por Enrique Murger.
CRUELDADES DEL AMOR, por Mme. Judit Gautier.
LOS AMORES DE CLOTILDE, por A. Palacio Valdés.
DOÑA SIRENA, por Enrique Murger.
LA CORTE DE NERON (QUO VADIS), por Enrique Sienkiewicz (2 tomos).
LA VIUDA, por Octavio Feuillet.
EL PADRE GORIOT, por H. de Balzac (2 tomos).
UN LANCE DE AMOR, por Alejandro Dumas.
ALMA DE NIÑA, por H. Dostoïewsky.





BIBLIOTECA NACIONAL



1001173491